

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA

REVISTA MENSUAL

— DE LA —

SOCIEDAD CIENTIFICO LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

JOSÉ MARÍA GOMAR.

TOMO VI.—NUMERO 1

## SUMARIO:

I. Correspondencia.—II. Discurso por el doctor Francisco Dueñas.—III. Algo sobre Teogonía indígena, por el doctor Santiago I. Barberena.—IV. Joya poética, por Próspero Calderón.—V. El Enviado, [poesía] por Isaias Gamboa.—VI. La Miseria, por Santiago Key Ayala.—VII. Sin besos, [poesía] por Calixto Oyuela.—VIII. Musa ven, por Sixto Morales.—IX. A Zoraida, [poesía] por Sixto Morales.—X. Para mis amigos, por Miguel E. Pardo.—XI. Sombras.—El libre pensamiento, [poesías] por Juan A. Sánchez.—XII. Historia de juego, por Alberto Delpit.—XIII. Abrojos, [poesía] por Salvador Díaz.—XIV. Tere, por Alfredo Quiñones.—XV. Tu musa, (poesía) por Justo A. Facio.—XVI. La instrucción en la mujer, por F. Azucena.—XVII. Aurora, (poesía) por Julio Flores.—XVIII. Después de la orgía, por Ismael G. Fuentes.—XIX. Confidencias, por F. A. O.—XX. El sublime ideal, por I. Zelaya.—XXI. El cuervo, por Arturo A. Ambrogio.—XXII. Notas.—XXIII. Miscelánea.

ADMINISTRACION: CALLE DE LA INDEPENDENCIA, NUM. 61

SAN SALVADOR, IMP. NAC. 10ª AVENIDA SUR.

Enero de 1895.

# PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

## JUNTA DIRECTIVA

Presidente	D. Eusebio Bracamonte.
1 <sup>er</sup> . Vocal	„ Víctor Jerez.
2 <sup>o</sup> „	„ Doroteo Fonseca.
Fiscal	„ Juan Gomar.
Tesorero	„ Adrián García.
1 <sup>er</sup> . Secretario	„ Alonso Reyes G.
2 <sup>o</sup> „	„ Isaías Gamboa.

## SOCIO HONORARIO:

Dr. D. Esteban Castro.

## SOCIOS ACTIVOS:

Dr. D. Nazario Salaverría.	Br. D. Leopoldo A. Rodríguez.
„ „ Francisco Espinal.	„ José María Gomar.
„ „ Alberto Masferrer.	„ J. Antonio Solórzano.
Br. „ Fermín Bayona.	„ Jeremías Martínez.
„ Indalecio Zelaya.	

## SOCIOS CORRESPONSALES:

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda.	Doña	Amalia Puga de Losada.
„	Clorinda Matto de Turner.	„	Luz Arrué de Miranda.
„	Mercedes Cabello de Carbonera.	Srita.	Lucila Gamero de Moncada.
Srita.	Josefa Carrasco.	„	María Guadalupe Reyes.
„	María Springer.	„	Rafaela Turcios C.
Lic. D.	J. Fermín Aycinena.	Dr. D.	Bubén Rivera.
„	Manuel Diéguez.	„	„ Abraham Rivera.
„	Carlos A. Imendia.	„	„ Ramón A. Salazar.
„	J. Joaquín Pérez.	„	„ Antonio Batres Jáuregui.
„	Ismael Cerna.	„	„ Esteban C. Roque.
„	Anselmo Valdés.	Br.	„ Juan J. Laínez.
Dr.	Désire Pector.	„	„ Antonio Macías.
„	Joaquín B. Calvo.	Dr.	„ Simeón Eduardo.
„	Salvador Flamenco.	„	„ David A. Payés.
„	Enrique Guzmán y Valle.	„	„ Ramón P. Molina.
„	Carlos G. Amézaga.	„	„ Santiago Key Ayala.
„	Ricardo Rossel.	„	„ Carlos Dárdano.
„	Manuel Moncloa y Covarrubias.	„	„ Francisco A. Reyes.
„	Justo Zaragoza.	„	„ Baltasar Parada.
„	Carlos Gagini.	Br.	„ Adolfo Castro.
„	Marcelino Jaramillo Ortiz.	Dr.	„ Jesús Díaz de León.
Dr.	„ Lucio Alvarenga.	„	„ Rafael E. Cháves.
„	„ Nicanor Bolet Peraza.	„	„ Ezio Monjardino.
„	„ Francisco Argueta Vargas.	„	„ Leonidas Pallares Arteta.
„	„ Celso Briones.	„	„ Ismael Enrique Arciniegas.
„	„ Domingo Martínez Luján.	„	„ Carlos Fernández Shaw.
„	„ José Joaquín Palma.	Dr.	„ Francisco Cárdenas Rodríguez.
„	„ Sixto Morales.	„	„ Vicente Lines.

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

Comisión Redactora:

*Victor Jerez,*

*Eusebio Bracamonte,*

*Doroteo Fonseca.*

TOMO VI. |

San Salvador, enero de 1895.

| NUM. I.

## CORRESPONDENCIA.

Lima, noviembre 20 de 1894.

Señor don Alonso Reyes G.

San Salvador.

Distinguido señor mío:

Sumamente complacida he leído la atenta nota de U., en la que me participa que, en la Junta General celebrada el 3 de abril próximo pasado "La Juventud Salvadoreña" me había discernido el alto honor de nombrarme Socia Corresponsal á propuesta del señor don Doroteo Fonseca.

Mi gratitud y mis esfuerzos, espero que me harán merecedora del alto honor que hoy creo deber á la bondadosa galantería de esa ilustre Corporación; de esa "Juventud Salvadoreña" que, representando los progresos literarios de nuestra América, se alza hoy, cual astro de vívidos resplandores, en el cielo del Arte americano.

Por el presente vapor remito cinco obras mías, que, en testimonio de mi gratitud y confraternidad, presento á mis consocios del Salvador.

Haciendo votos por la prosperidad de esa culta Corporación, y

con sentimientos de alta estima, me suscribo de U. y de sus ilustrados compañeros, atenta y S. S.

MERCEDES CABELLO DE CARBONERA.

## DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL SEÑOR

DOCTOR DON FRANCISCO DUEÑAS

EN LA SOLEMNE

APERTURA DE LAS CLASES UNIVERSITARIAS,

A LAS NUEVE DE LA MAÑANA

DEL DIA 20 DE ENERO DE 1895.

Señores:

En los tiempos más remotos de la antigüedad se divulgó una noción filosófica que reconocía como causa fundamental de los cambios y transformaciones que experimentan las cosas del universo, así lo animado como lo inanimado, lo material como lo inmaterial, un fluido tenue, etéreo, siempre activo y mutable; teoría ofuscada por el brillo intenso que en aquella época obtuvieron las doctrinas de la Escuela Escolástica sobre la inutilidad de las formas de la vida; y aquella simple noción, relegada por tanto tiempo al olvido, ha sido difundida en los últimos años de

nuestro siglo, adornada con nuevo y luciente ropaje y proclamada soberana de todo lo existente: parece que todo gira, que todo se mueve, que todo se transforma á impulsos de esta nueva ley, que llaman evolución; el astro inmenso de colosales dimensiones como el imperceptible átomo perdido en el espacio, la idea grandiosa engendrada por el genio como la raquítica surgida de atrofiado cerebro, los pueblos que vegetan en las sombras de la barbarie como los que se desarrollan vigorosos al calor de la luz que irradia la civilización moderna, todo parece obedecer á una serie de evoluciones que se afanan incesantemente en variar y transformar.

La evolución es el movimiento creador y destructor, es la acción y la reacción, es como se ha dicho, una transición, un intervalo entre lo que comienza y lo que acaba; breve instante en lo infinito, larguísimo período en las páginas de la historia.

Cuando á fuerza de estudio y de constancia nuestras miradas, llenas de avidez por lo desconocido, penetran el denso velo que nos oculta el pasado y entrevemos los inmortales resplandores de las antiguas civilizaciones; cuando contemplamos aquel hacinamiento de ruinas, aquellos vestigios de grandezas que fueron, aquellos magestuosos monumentos desplomados por el peso de los años; cuando guiados por inciertas crónicas nos empeñamos en restituir á su primitiva forma las maravillosas ciudades de nuestros antepasados, los templos misteriosos en donde se rendía culto á dioses extravagantes, las instituciones, las costumbres, las leyes, la atmósfera toda que respiraban aquellos seres casi fantásticos, cuyas siluetas se desvanecen en los confusos horizontes del pasado, asaltan nuestro pensamien-

to multitud de reflexiones: pensamos en aquellos pueblos erguidos durante tanto siglo luciendo orgullosos la hermosa diadema del progreso, pensamos en tanta belleza marchitada en su apogeo para no deslumbrar más, y nos preguntamos, con cierta inquietud, si las generaciones venideras presenciarán nuestra decadencia, si los hermosos triunfos conquistados por el talento en los campos de la ciencia, de las artes y de las letras, serán triunfos efímeros y si la evolución de las civilizaciones obedece á leyes fijas ó si actúa caprichosamente poniendo á ciertos pueblos en las cimas gloriosas de la civilización y dejando á los otros en los primeros peldaños del progreso.

Yo creo, señores, que la aptitud que tienen los pueblos para variar esa tendencia á transformarse, es una de las causas principales en la explicación de este fenómeno social, porque mientras las sociedades se aferran en sus instituciones rechazando sistemáticamente toda innovación, buena ó mala, los empujes vigorosos del adelanto serán ineficaces y tendremos que ver con tristeza estos desventurados pueblos inmóviles, mientras que otros avanzarán con pasos de gigante en pos de los ideales de la perfección; pero sucede también, y no pocas veces, que las sociedades, alucinadas por principios deslumbradores, se olvidan de sus anteriores conquistas y se aventuran ciegamente por los difíciles senderos de los más intrincados laberintos; entonces se opera un desequilibrio y la obra de tanto siglo se viene abajo con pavoroso estruendo, pues para que un pueblo adelante se requiere el concurso de dos condiciones al parecer contrarias: la estabilidad y la movilidad. Si en un momento dado, nos dice un notable escritor francés, la estabilidad se vuelve muy grande, el pueblo se detiene,

como la China, en su evolución hacia el progreso; si al contrario, la movilidad es la que se desarrolla en demasía, entonces pierde toda cohesión y se desune.

Roma, cuyos esplendores iluminaron los cielos del mundo antiguo, debió en gran parte sus brillantes progresos á una cabal concurrencia de estos dos factores, tan eficaces en el desarrollo de las civilizaciones: en perpetua lucha con sus vecinas supo con sorprendente maestría aprovechar cambios ventajosos conservando al mismo tiempo sus gloriosas instituciones conquistadas á fuerza de sangre y de abnegación; instituciones tan bien cimentadas, que cuando resonaron en el espacio los temidos gritos de Alarico y de Radagaiso, de Genserico y de Atila capitaneando enfurecidas turbas de indomables bárbaros, sucumbió el hermoso imperio bajo los tremendos golpes de aquellos implacables jefes; pero permaneció firme su civilización y aun sobrevivió algunos siglos, porque los bárbaros tuvieron el buen sentido de guardar cuidadosamente los ricos tesoros morales y materiales acumulados en aquel centro de luces. Y ved, señores, cómo este acontecimiento histórico es una elocuente refutación á los que como M. Renan piensan que las razas civilizadas no han pasado antes por el estado salvaje, sino que han llevado desde el principio los gérmenes del progreso. Semejante teoría es tan inadmisible, tan absurda como aquella ficción del Contrato Social que convierte de la noche á la mañana al hombre tosco en hombre culto, ó como aquella fábula mitológica que hace surgir á Minerva del cerebro de Júpiter, llena de hermosura y de sabiduría.

La tendencia de los pueblos á caminar siempre hacia el mayor grado de perfectibilidad; se descu-

bre aún en los tiempos prehistóricos; en las causas primordiales de la civilización, esa tendencia adquiere los caracteres de una verdadera lucha. Fijémonos, señores, en la familia, que es el punto de donde parte la humanidad, y veremos á esta noble institución atravesar una serie de vicisitudes, se la ve nacer en la hermosa civilización egipcia, pasar en seguida á Judea en donde recibe el soplo organizador del viejo Moisés, se presenta bajo los límpidos cielos de la Grecia y más tarde es redimida por las doctrinas generosas del Cristianismo, y á las primeras luces de la historia contemporánea el genio superior de Napoleón I consigna en su Código Civil los principales deberes y derechos que surgen de aquella institución, y la vemos en nuestros días unida por el vínculo poderoso de la sangre, figurando en su centro el padre y á su alrededor la madre, que cría y forma, el hijo, auxilio de su padre en las batallas de la vida, y la hija, ángel del hogar, llevando consuelo en los momentos más amargos.

Establecido el principio de la familia, aun no termina el desarrollo de la civilización, y si nos fijamos, señores, en la propiedad, roca granítica en donde se han estrellado tantas y poderosas inteligencias, se nos presentarán los pueblos en un continuo batallar: los veremos defender la propiedad privada, rechazando con admirable caudal de buen sentido las bellas y seductoras teorías de muchos reformadores; porque comprenden que el reparto por igual de los bienes terrestres es un sueño imposible, porque adivinan que el derecho al trabajo y otras frases de más ó menos efecto, no son más que las preciosas monedas con que se pretende comprar las simpatías de las masas proletarias. La costumbre de los antiguos pueblos de Oriente

de concentrar la propiedad en manos del jefe de familia, del patriarca ó del jefe de la tribu, llegó hasta Roma. Mas durante el Imperio los juriconsultos y filósofos, incansables propagadores del estoicismo, lograron coronar sus trabajos emancipando al hombre de los estrechos lazos de la familia, dando con esta hermosa victoria del espíritu un triunfo completo al derecho de propiedad. Después llegó la Edad Media, y la influencia fatídica del feudalismo se apoderó del orbe. Confundidas las ideas de propiedad y de soberanía, se convirtió al propietario en dueño y señor de vidas y haciendas, régimen oprobioso que duró casi hasta la época de los grandes descubrimientos del Nuevo Mundo. Afortunadamente á los tiempos aciagos suceden otros de ventura, y así, una de las más grandes revoluciones que han trabajado á la humanidad, pudo, al proclamar los derechos del hombre y emanciparlo de la tutela á que estaba sujeto, emancipar la tierra y el trabajo, y la propiedad tomó entonces ancho vuelo manifestándose en sus múltiples formas.

Empero los pueblos no solo se concretan al bien material: sienten la necesidad de creer en algo misterioso y sueñan con otra vida llena de felicidad imperecedera, sueñan con un ideal divino fantaseado á á veces por ardientes imaginaciones, pero siempre aceptado con inusitado entusiasmo y defendido con admirables rasgos de heroísmo, Ah, señores, ¡qué dramas tan sangrientos y qué escenas tan llenas de horror nos presentan las guerras de religión y lo absurdo de algunas creencias! Ved aquellas gigantescas pirámides fabricadas con los huesos de los cruzados, levantarse como fantasmas en los campos solitarios; ved al fanático indostano arrojar en el paroxis-

mo de su delirio bajo las pesadas ruedas de los carros en que pasean sus dioses, y observad en la triturada fisonomía de aquel desgraciado cómo se dibuja una última sonrisa, cómo se apodera de aquellos vestigios humanos en los estertores de la agonía la convicción íntima del deber cumplido. Confíemos, sin embargo, en que esta parte de la humanidad comprenderá tarde ó temprano lo infecundo de sus sacrificios; confíemos en que la ciencia, al esparcirse por todos los ámbitos de la tierra, iluminará el corazón de los pueblos, y al despojarlos de esas supersticiones, á veces impregnadas de poesía, les mostrará su verdadero fin, el verdadero término de sus bellas aspiraciones.

Largo, larguísimo sería, seguir paso á paso las variadas faces que al través de los siglos nos ofrecen las causas primordiales en la evolución de las civilizaciones.

La familia, la propiedad y la religión forman la trinidad que simboliza la historia de nuestras luchas más terribles: es el ánfora que guarda la crónica detallada de gloriosas jornadas, de grandezas sublimes, de miserias desconsoladoras!

El adelanto es una ley inexorable. Los pueblos, por inferioridad de aptitudes y de condiciones, no pueden detenerse en su constante marcha hacia la perfección. Sin duda alguna influyen en el desarrollo de las civilizaciones el centro en donde germinan las sociedades, porque está reconocido que allí en donde siempre brilla el sol, en donde existe una exuberante vegetación, en donde se respira un ambiente suave, saturado de poesía, el espíritu se enardece ante el grandioso espectáculo de la naturaleza; pero si las condiciones climatológicas cooperan eficazmente al desarrollo del progreso, las ra-

zas ejercen un influjo no menos trascendental.

Las distintas especies de la humanidad llevan en su seno los secretos de sus destinos y poseen ciertos rasgos y perfiles que las caracterizan y que las hacen preponderar más ó menos en la gran familia del mundo. Dos son las razas que más han contribuido á las glorias de nuestra civilización: la latina y la germana; la primera tiene por pedestal las esplendorosas páginas del pasado; es la raza de donde han surgido las figuras más culminantes de la historia, es, según la expresión de Emile Montegut, la raza que ha creado esa organización de la fuerza que se llama conquista, esa organización de los intereses que se llama administración; es la que, inspirada por su mismo genio áspero y vigoroso, ha elevado las nociones concretas de la fuerza y del interés á la altura de abstracciones absolutas; es la que ha creado esa metafísica de la fuerza que se llama política y esa metafísica de intereses que se llama jurisprudencia: la segunda, la raza germana que abarca también la anglo-sajona, es quizá la más potente en el sentido puramente material, es la que concretándose á la existencia misma del hombre, lo ha estudiado y comprendido mejor, es la que ha originado ese hermoso sistema de Gobierno basado en la libertad absoluta de todo aquello que pertenece al orden privado, dejando á la administración central las atribuciones generales; ese sistema practicado con tan brillantes resultados en la América del Norte y que está condensado en una sola palabra llena de sonoridad: *selfgovernment*, gobierno propio, bella expresión del progreso.

El Siglo XIX toca á su término, el siglo fecundo en grandes descubrimientos desaparece en las re-

haber dado mayor libertad al pensamiento y de haber levantado las ciencias, las industrias, las artes y las letras á una altura sin precedente en la historia de la humanidad: el influjo evolucionista se manifiesta favorable al adelanto de los pueblos, y los más cultos esparcen sus rayos luminosos hasta en las regiones más apartadas.

Sin embargo, señores, á pesar de tanta gloria y de tanto esplendor, las civilizaciones modernas están muy lejos de haber pronunciado su última palabra; ideal que forma y formará siempre los constantes desvelos del hombre. Cuando vemos que á pesar de los grandes medios de que dispone el progreso; cuando palpamos que la misma naturaleza siempre pródiga; cuando el mismo Creador nos indica el derrotero que debemos seguir; derrotero que se manifiesta en la mezcla de las razas y como un singular privilegio lo constituye la Latino-Americana, entonces el espíritu decae, el alma se contrista al no haber aprovechado como debiéramos los importantísimos medios que se nos brindan.

¿Y por qué, señores, detenernos si los obstáculos que se nos presentan no son difíciles de superar?

Ya hemos visto que si los principios son siempre idénticos en su origen, su interpretación y aplicación están sujetas á las continuas veleidades de nuestro modo de ser, y al espíritu investigador es á quien corresponde buscar un medio seguro de librar á la humanidad de los errores é intrigas que estorban su marcha inevitable hacia el progreso; meoño que encontramos en la ciencia "única que puede enseñar al hombre su fin y su ley, de hacerle comprender el verdadero sentido de la vida y de formar con el arte, la poesía y la

virtud, ideal divino que da algún valor á la existencia humana.”

He dicho,

FRANCISCO DUEÑAS.

## ALGO SOBRE TEOGONIA INDÍGENA.

(PARA “LA JUVENTUD SALVADOREÑA”).

Me propongo examinar por medio del análisis filológico las ideas que respecto al Ser Supremo tenían los tres grandes pueblos cultos americanos.

La aplicación de ese criterio á las investigaciones relativas á las creencias, carácter y cultura de las razas humanas ya extinguidas ó considerablemente degeneradas, se funda en el siguiente apotegma de Simón Foucher: *verba non dant conceptus, sed supponunt*. En efecto, siendo el lenguaje la expresión de las ideas, el cabal y detallado conocimiento de aquel, es camino recto y seguro para descubrir éstos. Hay palabras, dice Carl Abel. “Especially adapted to point out the exceeding value of language as a true autobiography of nations” (*Linguistic Essays*, Londres, 1882.) Y para el Conde de Charencey es tan legítimo y certero este procedimiento, que asegura, hablando de los yucatecos, que “l'étude comparative de leur idiome suffirait seul a nous révéler en eux le plus avancé, le plus policé des peuples de l'ancienne Amérique.” *De la conjugaison dans les langues de la famille Maya-Quiché*, Louvain, 1885)

Un ejemplo ilustrará lo antedicho, mejor que amplios razonamientos: Mr. Daniel G. Brinton escudriñó el concepto que del amor tenían las razas americanas, examinando los vocablos con que respectivamente designaban ese sen-

timiento los algonkines, nahoas, maya-quichés, quishuas y tupí-guaranis. *The conception of love in some american languages*, Filadelfia, 1886.

Cuando se trata de averiguar lo que respecto al Ser Supremo pensaban los indígenas americanos no queda otro medio que el preindicado, porque las tradiciones que á este respecto nos legaron los escritores de la época de la conquista son poco dignas de fe, á causa, por una parte, de las ideas religiosas de esos escritores, católicos *torquemadinos*, que les hacían ver con horror y repugnancia el gentilismo de las indígenas, y, por otra parte, debido á la general preocupación de los primeros cronistas de las Indias Occidentales, para quienes las razas vernáculos de este Continente eran con mucho inferiores á las del Viejo Mundo, y por ende incapaces de elevarse un palmo sobre el más grosero fetiquismo. Para esos cronistas los aborígenes de estos países, sin distinción ninguna, estaban entregados á la más grosera idolatría, unida, las más veces, al más repugnante canibalismo. y si algo de bueno se vislumbraba en las creencias de esas gentes eran reminiscencias bíblicas, ó tradiciones cristianas, más ó menos adulteradas, traídas á América no se sabe por quién ni cuándo.

Yo creo que los salvajes y los bárbaros que habitaban los bosques de la *Tierra de Arsareth*, como cándidamente llama á este continente el autor del *Iságoge histórico*, y la plebe de los pueblos cultos, profesaban el más rudimentario fetiquismo; pero que también había, sobre todo en los tres grandes centros de la civilización indio-americana, Méjico, Guatemala y el Perú, hombres de inteligencia clara y relativamente cultivada, y algunos de ellos verdaderos genios, á juzgar por sus obras, quienes, sin

perjuicio de tributar rudo culto á gran número de absurdas deidades, reconocían la existencia de una causa primera, invisible y todopoderosa, llamada *Teotl* por los Nahoas; *Cabawil*, por los Quichés, y *Uiracocha*, por los peruanos.

De ese progreso intelectual no se deduce como consecuencia necesaria que la civilización de dichos tres pueblos haya alcanzado en remota época un grado muy superior al que tenía cuando la conquista, ni es forzoso atribuirlo á tradiciones importadas por inmigrantes del Continente Oriental; no, basta para explicar ese progreso la irresistible tendencia del espíritu humano á reconocer que existe un Ser Supremo, en fuerza de la cual germina esa creencia con los primeros lampos de cultura.

Puede ser que en la infancia de la humanidad haya sido el temor que infundían las formidables manifestaciones de la actividad plutónica de la Tierra, unidas á los terribles estragos de los huracanes, rayos, ventisqueros, &, &, lo que haya inducido al hombre á pensar en un Ser Superior á todos los demás seres, y á ponerse al amparo de un informe penate, más bien que la simple admiración de la naturaleza; pero la creencia en ese Ser, lejos de debilitarse y desaparecer á medida que la humanidad progresó, suerte que cupo á gran número de prejuicios, cada día se robustece más y más, convirtiéndose en verdad necesaria, lo que en un principio fué vago presentimiento hijo del miedo: miedo que para Ovidio es impropio de la piedad, *Cum Deus intomuit, non se subducere nimbo, id demum pietas.* (1)

[1] Roque Barcia [*Diccion etimol.* art. Dios] dice que "El nombre más antiguo de Dios en todos los pueblos de la tierra, se derivó del sanscrito *Sat, San,* "el que es," variantes del verbo sustantivo *as, ser.* Presindiendo de lo univer-

En el presente artículo expongo los datos en que me fundo para creer que los Nahoas Quichés y Quishuas, independientemente de los incontables dioses de su respectivo Panteón, habían comprendido que existe una divinidad principal é invisible, sinó única, si superior á las demás, lo cual constituye ya un principio de monoteísmo, y trataré de establecer por medio del análisis filológico que la *bipersonalidad* de los dioses nahoas, hasta hoy considerada como peculiar y característica de la teogonía tlalpalteca, era también uno de los dogmas de los quichés y de los quishuas.

El nombre del Ser Supremo en lengua nahuatl es *Teotl*, que significa literalmente "la potencia creadora", como lo he demostrado en mis *Quicheísmos*, á donde remito al lector curioso que desee detalles sobre este punto, porque es más prudente atender al precepto *non bis in idem*, que hacerse la ilusión de alcanzar el codiciado *bis repetitát placet*. Ahora bien, según la teogonía tlalpalteca este Ser era *uno y dos* á la vez, y por eso recibió el nombre de *Ometecuhtli*, que quiere decir "dos señores;" más este dualismo no les parecía á los sacerdotes y creyentes de Huehuetlapallan incompatible con la unidad de la causa primera, así como la existencia de las tres personas de la Trinidad de los católicos no parece á éstos que se oponga á que integren un solo Dios.

Los primeros sacerdotes que e-

sal de la anterior *proposición*, creo oportuno consignar que en quiché *zah*, lo mismo que *tzan*, equivalen á "tronar," lo cual se amolda con la teoría de que el miedo fué el origen de la creencia en Dios, ya que el rayo es uno de los fenómenos naturales de más pavoroso aparato. También es digno de atención que en quiché *atz* (correspondiente al sanscrito *as*) es la raíz de *atza* = "estatua," es decir "ídolo, fetiche, penate," y como á la vez significa "alevoso," puede relacionarse con la susodicha teoría de que *primo in orbe timor creavit Deos*.

vangelizaron en Méjico tenían es-  
crúpulo y repugnancia de servirse  
de la voz *Teottl* para designar al  
Ser Supremo, temerosos de servir-  
se de un vocablo asaz gentil y por  
ende sacrilego.

El P. Clavígero fué uno de los  
primeros, que yo sepa, que impug-  
naron esa prevención, demostrando  
que dicha palabra es apta para  
decirse del verdadero Dios, adu-  
ciendo numerosos ejemplos de sa-  
bios nahuatlistas que así lo han  
practicado, "como se sirven, según  
el P. Agustín de la Rosa, de *Ipal-  
ne moani*, *Tloque Nahuague*, y otros  
otros nombres que significan al  
Ser Supremo, y que los mexicanos  
aplicaban á su Dios invisible." El  
mismo P. de la Rosa hace ver que  
la lengua nahuatl tiene voces alta-  
mente expresivas y adecuadas pa-  
ra esplicar los dogmas más inex-  
tricables, tal como la palabra *Mo-  
cennenehuilitzinoa*, de que se valió  
el P. Paredes hablando de la igual-  
dad de las tres personas de la Tri-  
nidad.

No tuvieron el mismo acierto  
los traductores de la doctrina cris-  
tiana al quiché aplicando á María  
le nombre de *gapoh*, "doncella," y  
á buen seguro no lo hubieran he-  
cho si se hubieran fijado en lo que  
este vocablo significa: se compone  
de *gap*—"tener sed," y de *poh*, raíz  
de *pohir*—"corromperse". He ahí  
una prueba de la absoluta falta de  
aprecio que los Quichés tenían por  
la entereza corporal: el famoso  
tratado *De virginitate*, de San Am-  
brosio, hubiera sido para ellos un  
idilio ultra-decadente.

Recuerdo, ya que viene al caso,  
que el Doctor Stoll [*Zur Ethno-  
graphie der Republik Guatemala*,  
Zurich, 1884, p. 146] ridiculiza á  
los misioneros que predicaron la  
buena nueva á los indios Quichés,  
porque usaban el verbo *logoh* al  
hablar del amor divino, según él  
este verbo significa "vender," y

aquellos misioneros debieron em-  
plear el verbo *ah*, que es el equi-  
valente á "necesitar, desear". En  
esto el Dr. Stoll, como observa Mr.  
Brinton [*The concep. of love*] "not  
display his usual accuracy," por-  
que *logoh*, tanto en quiché como  
en cachiqual, según documentos  
auténticos, era empleado en la a-  
cepción de "amar ó querer." Más  
aún: en el mismo Popol-Unh [páj:  
304 de la edic. de Brasseur] se en-  
cuentra empleado el verbo *ah* para  
expresar el precio que se pagaba  
por las esposas. *Rahil pumial*, dice  
el libro sagrado, y Brasseur tradu-  
ce: *prix de leurs filles*. Lo cual  
no impide que el verbo *ah* signi-  
fique también querer ó desear al-  
guna cosa. Del mismo modo el  
*carus* de los latinos y el *dear* de  
los ingleses, significan á la vez  
"querido" y "costoso."

El Dios de los primitivos Qui-  
chés era también *bipersonal*, según  
se deduce del análisis filológico  
del nombre conque está designado  
en el Popol-Vuh, nombre que, al  
decir del abate Brasseur, era el  
del "Dios único". — *Quehecut*, dice  
el Libro sagrado, *xax qo-vi ri cah  
go naipuch u Qux cah, are u bi ri  
Qabauil, ch'u cha xic*. Es decir:  
He aquí como existe el cielo, como  
existe también el corazón del cie-  
lo; tal es el nombre de Dios así se  
llama".

El vocablo *Qabauil* se compone  
de estas tres raíces:

*cab*—"dos";  
*au*—"collar", por "Señor" é  
*il*—"guardar, cuidar".

Así es que significa: "los dos  
señores guardados, ó que cuidan".

La asunción de *au* por "Señor"  
es corriente en lengua quiché, así,  
por ejemplo, *auaz* que, según el  
Vocabulario de Brasseur, significa  
"cosa santa", es decir, "deidad", y  
por extensión "mandato, precepto"  
se compone de *au*, por "Señor", y

de *atz*, raíz de *atza*=mucho, grande"; quiere, pues, decir "cosa que emana ó propia de un gran Señor."

*Qabauil* era para los Quichés ese Ser necesario que el revelador incesante denominado criterio de conciencia reconoce y proclama causa de las causas: él también pudo decir *In ux ri quin uxic*, "yo soy quien soy". El Popol-Vuh le aplica diversos epítetos que constituyen otros tantos atributos: *Tzakol*, Creador; *Bitol*, Forrador; *Alon*. El que engendra; *Qaholom*, El que dá el Ser, y otras denominaciones aún no bien interpretadas.

"*Uracocha* es el nombre con que se conoció á la principal de las divinidades de los antiguos nacionales (del Perú), á su Dios Supremo, no solo en la época de la dominación de los últimos Incas; sino desde una antigüedad que remonta á los tiempos fabulosos de la sociedad autóctona" (Dr. Leonardo Villar, *Lexicología Keshua*, Lima, 1887, p. 6).

Por mi parte creo que el culto de *Uracocha* fué introducido en el Perú por inmigrantes pertenecientes á la raza maya-quiché, y que este Dios participa de la bipersonalidad que se atribuía á *Teotl* y á *Qabauil*.

Muchas etimologías del nombre de esa deidad se han propuesto, las cuales no creo necesario reproducir. En mi concepto significa "allá arriba está encerrado en dos moradas", verdadera metonimia, semejante á la tan vulgar expresión "el cielo te ampare," en las cuales se toma el continente por el contenido, la mansión celeste por el Ser Supremo. He aquí las cuatro raíces quichés de que se compone dicho nombre.

*vi* (*ui*)="arriba";  
*rak*="estar metido"; (\*)  
*qab ó ca*="dos", y  
*och*="casa, marada"

Por tanto: *vi+rak+ca+och* y por contracción y eufonía *Uracocha*, dice tanto "en lo alto está morando en dos casas."

No extrañará la anterior interpretación, al parecer estrambótica, al que recuerde que los Nahoas llamaban al cielo *Omeyocan*, ó "los dos lugares", y los Quichés lo denominaban *cah*, vocablo que á ojos vistos contiene el radical *ca*="dos".

La leyenda quiché relativa á *Camazotz* suministra una preciosa clave para explicar el origen de la estraña denominación dada al Dios de los Peruanos: dice el Popol-Vuh, hablando de ese ser misterioso: ".....*chi cah-pe vi, xavi u qutbal rib ta x-qui bano rumal*," ó sea: "quien vino del cielo para manifestarse, cuando las cosas comenzaron á ser hechas por él: "La palabra *Camazotz* significa literalmente "los dos ocultos", ó bien "los dos escondrijos ó retiros", pues se compone de *qab ó ca*="dos", y de *matze*="cubrirse esconderse," y como sustantivo "rincón ó lugar oculto."

Así es que el nombre del Dios único de los Peruanos entraña clara referencia al dualismo teológico característico de los tres pueblos cultos americanos.

El licenciado Chavero (*México á través de los siglos*) explica el origen de la bipersonalidad de los dioses nahoas diciendo que tal idea fué sugerida por la observación de que en la naturaleza todo se reproduce por medio de un *par*. Muy

[\*] Los hebreos llaman al cielo *Rakiah*, vocablo que los setenta tradujeron por *stereóma*, derivado de *stereos*. "sólido"; mas para mí esa voz *rakiah* tiene el mismo origen que el vocablo quiché *rak*, "estar metido en algo", aludiendo que el cielo es la residencia de la divinidad

razonable me parece esa explicación, y sólo agregaré que, en mi sentir, el derecho de prioridad corresponde á los pueblos de raza maya-quiché, y que de estos pasó á los Nahos y Quishuas.

SANTIAGO I. BARBERENA.

## JOYA POÉTICA.

Causa satisfacción y se enorgullece el amor patrio al ver la esplendidez con que se levanta la nueva generación literaria de Centro América. De poco tiempo á esta parte vienen publicándose libros de inspirados poetas y galanos prosistas, que á la verdad, contribuirán poderosamente al buen nombre de estas florecientes republiquetas y al engrandecimiento de nuestra literatura, tan relegada al olvido en épocas anteriores.

Prueba de ello son *Esquises*, *Sensaciones de Arte y Antología de cuentistas franceses*, por Enrique Gómez Carrillo; *Dijes y bronces*, por Máximo Soto Hall; *Páginas*, por Alberto Masferrer; *Doce poesías*, por Francisco A. Gamboa; *Bibelots*, por Arturo A. Ambrogi, y *Hojas rasca*, por Ricardo Fernández Guardia. Dentro de poco, y de las prensas de la Imprenta Nacional de San Salvador, saldrán las *Lugareñas*, del inspirado vate Carlos A. Imendia.

Ultimamente ha aparecido en lujosa edición el libro *Mis versos*, del exquisito y delicadísimo poeta costarricense Justo A. Facio, quien con galante dedicatoria, que agradezco en lo mucho que ella vale, me acaba de enviar su precioso libro, el cual ha motivado el atrevimiento mío de escribir estos renglones.

Justo A. Facio, como poeta inspirado, correcto y original, ha tomado ya carta de naturalización entre los más distinguidos de la América Hispánica. Sus producciones engalanan con frecuencia las columnas de importantes periódicos de España, Cuba, México, Colombia, Argentina, Chile, Perú, y muchos de Centro América; y plumas reputadísimas como la de Salvador Rueda las han juzgado con frases que elevan muy alto el buen nombre del poeta centroamericano.

No pretendo, pues, hacer la crítica de la obra poética de Facio, tanto porque ella no la necesita, como porque mi incompetencia no me lo permite. Deseo tan sólo dar salida á la impresión que he recibido con la lectura de su libro.

Arturo Ambrogi, al hablar de Facio, dice: "La prensa de América tiene por Justo vivas simpatías. Ayer no más he leído en la *Revista Gris*, de Bogotá, frases encomiásticas que causarían la envidia de cualquiera."

"El poeta gusta de la cinceladura, y en su loca pasión, del mármol bruto, al golpe de mazo creador, hace surgir bellezas.—Prueba de ello es *Mármol Griego*, estoy seguro, sería firmado con gusto por Armand Silvestre." Son doce estrofas, y en cada verso el lector encontrará una belleza como se puede ver por las siguientes:

Brilla en su rostro de Hebe  
la juventud eterna de las diosas,  
y matiza su carne como nieve  
la sangre de las venas de las rosas.

Ajenos á la queja,  
en sus labios de adelfas un capullo  
la voz mundana solamente deja  
ternuras semejantes al arrullo.

Su imagen que fulgura  
no inspira al alma tentador empeño,

pues recorre su cándida hermosura  
la placidez radiosa del ensueño.

En sus dulces pupilas,  
asilo de las sombras encantadas,  
reposan inocentes y tranquilas,  
como negras palomas, las miradas.

Es negra su corona,  
y en relucientes hondas el cabello  
con oscuros anillos aprisiona  
como serpientes de ébano, su cuello.

Mas tiene delicada  
el ímpetu de fuerza contenida  
que al conjuro tenaz de la mirada  
hace en el mármol palpitar la vida.

¡Cuánta delicadeza y qué facilidad en el decir! No se puede pedir más exquisitez al arte ni a la inspiración. Estas estrofas las escribió Justo en París, después de haber visitado los museos del *Louvre* y del *Luxemburg*, y después de haberse extasiado en la contemplación de la *Venus de Milo*, *El niño*, *El Baño* y otras maravillas del arte antiguo y moderno.

Facio me envió desde París esos versos y yo me dí el placer de publicarlos en mi periódico *Guatemala Ilustrada*, en donde aparecieron por primera vez.

Posteriormente los he visto reproducidos en periódicos de España y América, siempre acompañados de elogios distinguidos.

La composición *Tú y yo* está impregnada de un sentimiento tan profundo y de un amor tan lleno de primor y de ternura, que no puedo resistir al deseo de ofrecer á los lectores las siguientes estrofas:

¡Si pudiera soñar! Qué dulce y bello  
si pudiera soñar que voy contigo,  
con el suave destello  
de la pálida tarde por testigo,  
inocente pareja

errando sin afán ni cortapisa  
en el labio sin queja  
la juvenil sonrisa,  
las manos enlazadas,  
buscando con ardor por la espesura  
el secreto divino  
con que las aves por amor ligadas  
saben hacer eterna su ventura  
bajo la blanda música del trino;  
descubriendo en las rosas  
el oculto rubor con que se agitan  
al beso de las leves mariposas ...

¡Si pudiera soñar! En tu mirada  
sorprender los anhelos inconsientes  
que surgen y palpitan  
envolviéndome en dulce llamarada;  
decirnos sin rebozo  
en breves y recíprocos reclamos,  
al latido de gozo  
de nuestros corazones impacientes,  
cómo nos comprendemos y adoramos;  
sentir en mi ventura  
que al influjo de afectos impulsivos  
atraigo delirando tu cintura  
y te estrecho en mis brazos convulsivos;  
sentir, la mente loca  
por amantes excesos,  
en mi sedienta y fementida boca  
la presión ardorosa de tus besos ...

¡Qué bello es el cuadro que el poeta concibió, y con cuánta maestría y delicadeza están descritos los anhelos del alma apasionada! Diríase que en vez de una ficción, fue la realidad la que inspiró tan preciosas estrofas; y, quién sabe... quién sabe si después de la escena que con pincel tan lleno de matices nos pinta, trazó, con la mano aun trémula por la emoción, esos bellos renglones que están diciendo *amor!*!

De la poesía *El Ajenjo* transcribo las siguientes estrofas, que á mi humilde juicio, como todo lo que Facio escribe, son encantadoras:

El vaso apurad, amigos:  
el ópalo en él disuelto  
hace vibrar en la mente,  
como por obra del estro,

con alegres sinfonías  
la lira del pensamiento.

No bulle sonora espuma  
sobre el licor en sosiego,  
tal como un haz de rocío  
entre burbujas disperso,  
ni con llama de oro pone  
en vuestros labios el fuego.

Es apacible: su veste:  
luce dorados aspectos,  
como si en hojas de otoño  
resplandeciera un lucero.

Tiene el matiz que verdea  
en las venas de los senos,  
en carne de porcelana  
bajo las blondas erectos  
de las pálidas princesas  
habitadoras del hielo:—  
las que lucen en la nuca  
copos de sol por cabello,  
las que llevan en los ojos  
el diáfano tul del sueño.

Mirad, amigos: el néctar  
en el cristal prisionero  
filtrado fue por un ángel  
con el éther del ensueño:  
de sus hondas sube el vaho  
en donde flota el cerebro  
como una noche que vaga  
en estelares desiertos.

El derrama la alegría  
en nuestro mísero seno  
cuando baja, como sombra,  
á nuestras frentes el tedio;  
pone en la mirada brillo,  
en los labios pone besos,  
y en la ternura del alma  
fuerza de locos efebos.

Dibuja en el claroscuro  
que tamiza tenue velo,  
como si luz ruborosa  
recatara su destello,  
sonrisa de bocas frescas  
y redondeces de cuerpos.

Finge las tibias alcobas  
donde el calor de los senos  
como con tules de vaho  
teje confusos anhelos.

Es el olvido: su néctar  
en el cristal prisionero  
tiene del mar que reposa  
el verde profundo y terso:

cuando apuramos su filtro  
torna por sabios efectos  
el ansia de las tristezas  
en abandonos de sueño.

Su carrosa es la alegría,  
y joven, libre y risueño,  
con el cántico en la boca  
en ella va el pensamiento.

En esta composición el simil es completo; en ella hizo Justo un verdadero derroche de imágenes artísticas y acabadas.

¿Quién que haya estado en París no se imagina, al leer estas esrofas, los alegres cafés del *Boulevard Saint Michel*, repletos de gentes de todas clases, que concurren á ellos á tomar el opalino y excitante líquido?

¡Como se presta á conjeturas la sabrosísima bebida! ¡Cuántos placeres se han experimentado, y cuántos crímenes se han cometido bajo su delirante influjo!

En las brillantes páginas de la historia de la América Central se halla consignado el nombre de un hijo del pueblo, un héroe, que cual otro Ricaurte, ofrendó la vida en aras de la patria: JUAN SANTAMARÍA, llamado por sobrenombre *El Erizo*. Este héroe que incendió el meson de Rivas en 1856, y que dió en tierra con Walker, salvando así á Centro América del filibusterismo, inspiró á Facio la composición que copio en seguida titulada *Holocausto*:

Por la virtud de su obra  
que del audaz intruso nos redime,  
todo á su lado cobra  
el radiante fulgor de lo sublime;  
y son así, contado por la fama,  
la santa libertan el Dios propicio,  
la patria el sacerdote que reclama  
por la salud del pueblo el sacrificio,  
y ¡oh! portentoso ejemplo  
que á los humanos guía  
y el alto culto de la patria crea,—  
un obscuro mesón es sólo el templo,

la víctima inmortal *Santamaría*,  
y el sacro fuego del altar. . . .su teal!

El 15 de septiembre de 1891 fue inaugurada en la ciudad de Alajuela, Costa-Rica, una estatua de bronce, que el progresista Gobierno de Bernardo Soto mandó erigir á la memoria del inmortal soldado, y en esa misma fecha escribió Facio la poesía anterior.

Yo bien quisiera ofrecer á los lectores todas las bellezas de la lira de oro del distinguido poeta; pero para ello tendría que reproducir el libro entero, lo que no puede ser. Sin embargo, ya que el deseo me domina, no terminaré sin poner aquí la delicadísima composición titulada *Negro*:

Oh! ven, mi compañera  
mira el campo marchito  
y cómo el manto de los cielos cubre  
el mundo muerto con sudario frío!

Hay silencio de tumbas  
y soledad de abismo,  
calor de rayo en los deshechos troncos  
y aires de tempestad en el vacío!  
Al través de la bruma que desciende,  
destello de sol lívido  
sobre el túmulo negro de la selva  
mancha de sangre reflejando miro!

La fuente que discurre  
bajo los secos tilos  
con lúgubre estertor de moribundo  
interrumpe el sopor de lo infinito.

Acá es el sauce viejo  
con la frente cuajada de rocío,  
á cabellera blanca semejante,  
un anciano que llora sin gemidos.

No hay aves ni resuena  
en la fosca enramada el dulce trino. . . .

los pichones. . .quién sabe. . .!  
Del árbol amarillo,  
que el rayo ardiente despojó de ramas,  
cuelga el nido vacío!

Mira la vieja choza  
del venturoso labrador abrigo:  
¡bajo el dintel de la vetusta puerta  
tiritan solos y sin pan los niños!

¡Oh pavor de lo triste!  
¿No tienes como yo terror y frío?  
¡Quiero sentir muy cerca  
el calor de arrimo!

¡Tengo miedo! ¿No escuchas?  
El viento, ya sin brío,  
lanza como una bestia que agoniza,  
dolientes resoplidos.

De grajos agoreros de las cumbres  
baja el fúnebre grito,  
como un canto salvaje de victoria  
en campo de cadáveres tendido. . .

¡Oh tierra desolada!  
El alegre vergel del claro estío  
bajo soplo de muerte

es un lugar estéril y marchito!  
¿No lo miras? ¿qué buscas?  
Es que te ciega el brillo  
con que falaz naturaleza mofa  
mi acento conmovido?

Baja la frente triste,  
asómate al abismo. . . .

y aquí en mi corazón ¡oh! mi adorada,  
Quien prodiga tanta belleza y  
tanto arte en sus versos ¡no merece  
el nombre de poeta brillante?

Quien posee el don de cincelar  
tan artísticamente la frase y expresar  
con tanta delicadeza sus sentimientos,  
y que como sonetista se ha levantado á  
envidiable altura entre sus compañeros de  
América, bien merece el sobrenombre de  
"Benvenuto" que le ha dado el poeta  
Ismael Enrique Arciniegas.

Su libro es una urna primorosamente  
labrada, llena de filigranas y de  
exquisitas esencias.

PRÓSPERO CALDERÓN.

## EL ENVIADO.

(TRADUCCIÓN DEL INGLÉS.)

Vino la Vida y envolvió en sus brazos  
La débil forma de la niña cándida,  
Y, sonriendo, dijo le traía  
Una belleza deslumbrante y rara;  
Dio un áureo beso á los flotantes rizos  
De la criatura, y en su frente blanca  
Hubo un reflejo como el nimbo de oro  
Que tienen las imágenes sagradas.

Vino la Juventud, y con sus brazos  
Rodeó las formas de la virgen casta.  
Y en ese abrazo derramó en su espíritu  
El fuego interno en que se funde el alma;  
Dejó en sus ojos dos violetas húmedas  
Y se puso después á contemplarla.  
Suspirando al pensar ¡ay! que se iría  
Y siendo tan hermosa la dejaba!

Vino el Amor y aprisionó en sus brazos  
De la virgen las formas delicadas,  
Le trajo flores, y en sus labios rojos  
Dejóle un beso y en el beso el alma;  
Mas él en cambio se robó la de ella,  
Y se fue, y al partir, por consolarla,  
Le dijo á la beldad que volvería.  
Y ella dijo también que lo esperaba.

Después vino el Dolor, y enamorado  
Abrazó tierno á la gentil romántica,  
Y la besó en silencio, y aquel ósculo  
Helado como el mármol de las lápidas,  
Dejó en la frente la imborrable huella  
De las tristezas hondas y calladas,  
Y aunque ella no lo amó, la quiso é! tanto  
Que no pudo jamás abandonarla.

Vino la Muerte y envolvió en sus brazos  
Casi una sombra de la virgen casta.  
“¡Es el Amor que vuelve!”—exclamó ella,  
“Es el Amor; há tiempo lo esperaba!”  
—“No”,—contestó la Muerte—“Amor me envía,  
Yo vengo en su lugar ¡oh virgen pálida!  
Y á fin de que terminen tus dolores  
Te traigo el beso de la paz del alma.”

ISAÍAS GAMBOA.

S. Salvador—1895.

## LA MISERIA

Abridme paso, reyes y emperadores, tiranos y déspotas. Soy la reina harapienta. La eterna rebelde que llama á vuestras puertas. Velgo á anunciaros vuestra próxima caída.

Temblad, porque la proscrita de los palacios es más fuerte que vosotros reunidos. Vuestros súbditos se cuentan por centenas; los míos por millones. Hugo el poeta del siglo, me cantó en un libro que resultó un poema. Lós bohemios, los soñadores, las perdidas de la calle, los obreros sin trabajo, todos los desheredados, todos los prostergados, todos los perseguidos, son mis súbditos. El harapo es mi bandera. Abridme paso.

Quién más fuerte que yo? Mis compañeros son el frío y el hambre; la tisis y la anemia. Mi hijo mayor, el delito. Yo, hago de la virgen una Mesalina: del obrero un ladrón. La embriaguez es mi terrible auxiliar. Mis súbditos se echan en sus brazos, por olvidarse de los míos. Quién más fuerte que yo?

Temblad. Vosotros, los ricos frívolos, los egoístas del oro, los que me despreciáis porque no me conocéis, temblad. No olvidéis que una liviandad de vuestra querida, la Fortuna, puede traeros á mis brazos. Temblad todos y escuchad:

Soy la madre de las revoluciones populares. Cométense injusticias; hablan los filósofos, los tribunos, los agitadores: fermenta la rebelión, pero no estalla. Hablo yo, y es llegada la hora de la reparación. Surgen mis legiones hambrientas y dan la gran batalla. Privilegios, honores, riquezas y vidas, todo va al seno de la vorágine.

Fuí yo quien hace un siglo amelló la cuchilla de la guillotina en las cabezas de los reyes, los nobles, los clérigos y los ricos. Fuí yo quien, ayer no más, paseó la tea de la comuna por las calles de París.

Despedí al siglo XVIII con oleadas de sangre.

De entonces á hoy, la humanidad ha progresado mucho: despediré este siglo, con bombas y explosiones. Temblad.

Va á sonar la hora fatal. El combustible de veinte siglos está listo. Todas las injusticias cometidas por el Estado contra el individuo las cobrara éste al Estado.

Sociedad! Mis hijos, que lo son tuyos, relegados por tí al desprecio, van á exigirte estrecha cuenta. No oyes? Un gran rumor viene de abajo y de arriba: de los sótanos y de las bohardillas. En esos

antros, trabajan misteriosamente los zapadores. De allí saldrán los Marat y los Simón; los Pallas y los Vaillant. Yo voy de casa en casa, soplando al oído de los desgraciados la venganza de la desesperación. Un día, á mi voz, saldrán todos de sus madrigueras. Los bohemios cantarán la Marsellesa. Las rameras, la Carmañola. Detrás la inmensa legión de los desesperados irá cantando el himno de la anarquía.

Va á sonar la hora fatal.

Abridme paso. Aún es tiempo. Sólo ante la igualdad y la justicia puedo detenerme. Que se abracen el trabajo y la riqueza y os salvaréis.

Si nó: Ay de la sociedad caduca! Ay de los expoliadores! Ay de los que improvisan fortunas á costa del pueblo que se muere de hambre! Ay de los histriones que aplauden la injusticia!

En vano tenéis fusiles y cañones. El pueblo tiene dinamita, tiene puñal, y tiene . . . hambre!!

Abridme paso. Soy la reina harapienta, la eterna rebelde que llama á vuestras puertas. Vengo á anunciarnos vuestra próxima caída. Aún es tiempo: arrepentíos. Abridme paso.

SANTIAGO KEY AYALA.

### SIN BESOS.

Tornará en breve: su cabeza oscura  
Reclinará en mi seno,  
Y exigirá saber si de amargura  
Se vio estas horas, sin sus besos lleno  
Yo le diré: el dolor dueño querido,  
Callado me devora  
Lejos de tí; lo sabes no he vivido  
Haz, pues, que entre tus brazos viva ahora.

CALIXTO OYUELA.

## MUSA, VEN.

(Para La Juventud Salvadoreña.)

Musa de los ensueños áureos,  
ven.

Quiero el rumor apacible de los pétalos de tus alas, que es rumor de música deleitable, para adormir á mi dulce amada, la hurí de pecho alabastrino y cuello ebúrneo y ojos de color de lago que me embelesa con sus caricias virginales.

Quiero el engarce de nácar de tus versos de cristal, que es delicado engarce, para ceñir la cintura júncea de mi virgen soñada, la rubia hecha de lampos de estrella que en las noches de mis eternas insomnias viene y con suave roce resbala su mano de seda por mi frente adormecida.

Quiero la miel hiblea de tus besos, que es miel embriagadora, para escanciar en copas etruscas á mi Reina Nitocris, la de mejillas de esencia de rosa que hace revivir en mi alma la ilusión aterida por el hielo del escepticismo.

Ah! Musa de los ensueños áureos, ven, ven porque tienes en mi corazón el nido caliente, donde podemos suspirar con un mismo suspiro, llorar con unas mismas lágrimas, gozar con una misma satisfacción, acariciar con una misma caricia.

¡Ven, musa mía, ven!

SIXTO MORALES.

1894.

### A ZORHIDA.

(EN SU ÆBUM.)

(Para "La Juventud Salvadoreña.")

Con los azules  
lampos del alba,

te haría rima  
de filigrana,  
donde el ensueño  
te acariciara;  
pero esa rima se quebraría  
como el movable cristal del agua.

Con los temblores  
lentos del arpa,  
te haría arrullo  
de notas áureas,  
donde sintieras  
divinas cántigas  
pero ese arrullo se perdería  
como el arpegio por la enramada

Con la ambrosía  
de las acacias,  
te haría nube  
de forma vaga,  
donde aspirases  
efluvios de ámbar;  
pero esa nube se desharía  
como la niebla de la mañana.

Con las corolas  
aljofaradas,  
te haría nimbo  
de hojas de nácar,  
donde ciñeras  
tu frente pálida;  
pero ese nimbo se partiría  
como la perla sobre la playa.

No quiero azules  
lamos del alba,  
ni los temblores  
lentos del arpa,  
ni la ambrosía  
de las acacias,  
ni las corolas  
aljofaradas;  
porque me basta para ofrecerte  
todo el cariño que guardo en mi alma.

SIXTO MORALES.

## PARA MIS AMIGOS.

¿Cómo eran aquellas implacables frases de Schopenhauer..... cómo eran? Bah! no las recuerdo bien. Estos hartazgos de literatura que se da un periodista al minuto, resultan infecundos al fin y á la postre. Las frases del filósofo perverso se me han olvidado; pero el asunto con todas sus dañinas intenciones, ¡vaya si lo recuerdo!

Era un encarnizado y fiero comentario á propósito de "los amigos." Para él todos son unos canallas; todos sus halagos, cobardías, interés, convencionalismo. En fin, una atrocidad de juicios audaces que espantan al menos asustadizo y ponen en el espíritu más sereno montañas de tristezas insolubles.

Pero estas tremendas consideraciones que la fraseología especial del eminente denigrante escogió para mostrarnos las deformidades y las desnudeces cínicas del mundo, como él las apellida; estas inquisitorias suspicacias que nos sugiere su rabia filosófica; estos rencores silenciosos que engendra inconscientemente su lectura, desaparecen ó se ahogan bajo el lejano y lisonjero murmullo que levantan los amigos de la patria, los buenos, los ausentes, los que nos *ennoblecen llamándonos "hermanos."*

Después que se ha bajado á todos los abismos se asciende á todos los Himalayas! La amistad triunfa del pesimismo ingrato y bajo sus banderas gloriosas se acoge uno arrepentido. Hasta la desconfianza con estar formada por todos los desengaños y acrecida por todas las lágrimas de un pasado odioso, queda vencida por la bienhechora sensación de frescura que produce la espontánea lisonja.

Es un momento en que la vida

tiene vistas á la felicidad—si la hay.—Se asoma uno á los “bordes” del alma y se la encuentra envuelta en claridades.....

\*\*\*

No se ha dado aún el caso de encontrar un hombre insensible en absoluto á la vanidad—advierde José Nackens—y para determinar en mí una natural resultante de ella, puso igual en España que en América, el compañerismo, su nobleza; la prensa periódica sus estímulos y el público su benevolencia toda. Esto no obstante y no obstante los altos y favorables juicios que se hicieron á propósito de mi pobre libro *Al trote*, quiero que sepan todos, que no he sido sugestionado por el éxito; que me considero tan humilde como antes y que sólo me envanezco de tener “amigos príncipes” careciendo de títulos para semejantes honras.

¡Si aún no he podido explicarme cómo ellos, los grandes, los vencedores, los escritores ilustres, bajaron de sus alturas egregias y no pusieron reparo en encorvarse un poco para franquear la estrecha puerta de mi cuartucho de trabajo!

Avergonzado, tímido, torpe de acción y de palabra, no pude devolver el saludo á los que desfilaron apuestos ante mis ojos deslumbrados; y ese saludo es una gran deuda que ha mucho tiempo tengo contraída con Bolet Peraza, el escritor excelso, ese artista cuya cabeza es un volcán cubierto prematuramente por la cruel nevada de las injusticias personales y cuyas ideas brillan esplendorosas, como soles, á través de las polvorientas nubes que levantó á su paso la caravana política; con Manuel Sanguily, el vigoroso periodista, el enérgico crítico cubano, que si anda á caza de delitos literarios cometidos por “magnates,”

es para volverse todo corazón entre los jóvenes; con Rueda el rico, el fastuoso poeta andaluz que me envió sus impresiones en rimas de color; con Gil Fortoul, el sabio joven de clásicas y serenas actitudes que dispensa honra inmerecida en una *Ilustración española*; con Enrique Redel—á quien no conozco—pero al que reservo sitio de preferencia en mis afectos; con el desinteresado Gómez Carrillo; con Manuel Revenga, prosista de nobles y elegantes conceptos, amigo leal, compatriota consecuente; con Gil Parrado, que fue ameno; con Sánchez Pérez, laborioso maestro entre maestros y á quien acuden literatos de renombre en solicitud de juicios serenísimos; con Carlos Benito Figueredo, el pródigo, que echa la casa por la ventana en honor de los suyos; con Héctor Saavedra, el imparcial; con Mariano Abril, ese popular cronista que fue en no lejanos tiempos mi más generoso adversario; con Piñango Lara, que habló en Cuba y con Pedro Pablo Figueroa que se irguió allá, en las remotas playas chilenas para gritarme con su bizarro acento de luchador:—“Adelante.”...

Con todos ellos contraí la inmensa deuda de gratitud que la exigencia de la diaria labor me impidió pagar á tiempo. Yo sé que no es completa la realización de mi deseo, porque á estas frases fatigosas de suyo y mal hilvanadas por ser mías, les falta la preciosa envoltura de las apreciaciones magníficas, para echarse liberalmente y sin tropiezos por los trigos de la literatura castellana; pero en cambio de milagrosas letras clásicas y de formas bellas y correctas encontrarán mis amigos el sentimiento del hombre que teniendo mucho miedo todavía y que necesita aún de prestigios, pero sin repartir halagos para ganarse voluntades, guarda en lo más hondo del alma

el ruido de esos aplausos, "como guardan las caracolas el murmullo del oleaje en sus entrañas."

\*\*\*

De propósito dejé para final de artículo á mis hermanos que están en la patria, en el suelo amado, en esa gloriosa tierra, cuya vigorosa sustancia llevo entre las venas, y donde y en cuyos tranquilos hogares se concentran todas las esperanzas de mi vida.

Pero después de todo lo escrito y ya en el punto culminante de mi trabajo, hállome casi sin alientos para expresarme y no sé con cuáles nuevas palabras de amor ni con qué retórica flamante me dirija á esos compatriotas tan buenos y tan tolerantes conmigo. Cada uno de ellos se acercó á mi con sus periódicos, con sus artículos con sus cartas sencillamente fraternales y espontáneas, en las que sentí como un distante latir de corazones.... En torno mío aletearon como palomas mensajeras de afecto, palabras hinchadas de regocijo y pruebas de simpatías inesperadas: Luis Guzmán, mi antiguo compañero de "fatigas" intelectuales derramó un poco de felicidad en mi alma; Torres Abandero, ese poeta de cuya inagotable musa brota sin cesar gentil muchedumbre de mariposas, me envían un estrecho abrazo, de los que valen; Antonio R. Alvarez con entusiasmo juvenil me habla de cosas bellas, en estilo áureo como el de Gutiérrez Nájera; Carlos Villanueva, el buen Carlos.... á ese le debo más que una frase una silueta requerida por sus méritos; Salvador Presas arma una algazara infernal y sale *El Diablo* proclamándose "persona de porvenir;" Breca me festeja en grande y *Don Simón*—el viejo, el decano—se hizo *el sordo* cuando la maledicencia le habló de mí al

oído, para agasajarme y cubirme de lisonjas. Por eso lo quiero; y lo respeto además, porque me parece que *Don Simón* es hoy en Venezuela lo que fue en los últimos años de su vida Mesonero Romanos en España: la voz de la generación pasada que se dirigía, trémula y trabajosa, á la generación del porvenir.

Y basta.... Es una lista interminable de seres queridos á quienes envío, como homenaje humilde de mi cariño estos mal pergeñados renglones; yo no sé si olvidóse algún bien amado; si involuntariamente omití nombres; pero, citados ú olvidados, aquí estarán todos en lo íntimo "en lo inviolado, en lo sereno y blanco de mi alma."

\*\*\*

Ahora, lector pío y benévolo, perdóname el *egotismo* que impera en todo mi artículo, máxime si recuerdas que te lo advertí al comienzo de estas líneas: era una *deuda* contraída con mis amigos buenos. Pobre de ingenio soy; pero rico, hasta dejarme de sobra, en gratitudes. Si antes no me dí esta satisfacción ya lo saben todos: la vida turbada eternamente por la dura labor del periodismo; el incesante trajín: aquí un asunto político, allí otro literario; los sueños más hermosos mezclados con las más brutales exigencias del trabajo: la prosa y la poesía juntas y de bracet con la crónica callejera, y todo á medio hacer: las frases sin peinar; los párrafos así, de cualquier modo, á puñetazos, á ganar tiempo.... y luego, luego pensando que puede uno caer vencido en tierra extranjera.....

Ba! ¿á qué hablaros de tristeza si estoy muy alegre! Siento levantarse por todas partes voces regocijadas que responden á la

mía; . . . el mundo está alumbrado por un sol de rayos de oro; la ventana grande de mi gabinete se abre; aspiro perfumes de flores fragantes y cerca de mí, reclinada amorosamente sobre mi pecho, hay una mujercita de bizarro perfil que me acaricia y me alienta: . . . la juventud.

Por eso, y *por culpa* de vosotros estoy tan alegre, amigos míos: públicos fueron vuestros elogios: públicas deben de ser las expansiones de mi espíritu.

Estoy reñido con la hipocresía... y reconciliado con los hombres, á pesar de Schopenhauer.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

## SOMBRAS.

[A ILDEFONSO D. DEL CASTILLO.]

Era una noche tenebrosa y fría  
Y en su lecho dolientese encontraba  
Una mujer, en cuya faz serena  
Se vé del justo la celeste calma.

Como una prueba más de amor materno  
Alza su mano para el bien formada,  
Y en el nombre de Dios trino bendice  
A sus hijos que llevan á sus plantas.

Al despuntar la aurora, aquella vida,  
Que fué un dechado de virtud, acaba....  
Y yo su amante y desolado hijo,  
Hallé las sombras de esa noche en mi alma.

JUAN A. SÁNCHEZ.

## EL LIBRE PENSAMIENTO.

Al espacio vuela el viento,  
El torrente corre al mar,  
Y tú, pensamiento mío,  
Dime, dime, á donde irás?

El agua libre es diluvio,

El viento libre huracán,  
El fuego libre es incendio....  
Pensamiento, tú serás.

Sin los diques que Dios quiso  
Poner á tu libertad,  
Como el agua, el fuego, el viento,  
*Diluvio, incendio, huracán.*

JUAN A. SÁNCHEZ.

## HISTORIA DE JUEGO.

### I

Háblese de ese *griego* (fullero) que ha sido expulsado de un círculo de París, y cada cual contaba una historia. Únicamente nuestro amigo el capitán J. no decía nada.

—Y vos, ¿nada tenéis que contar?—le pregunté.—¿No pagaréis vuestro escote?

—Sí os empeñáis.

—Ya lo creo.

—Está bién; pero os advierto que mi historia no se parece á las vuestras, que mi héroe no es muy interesante.

—Tanto mejor. Ya os escuchamos.

El capitán encendió un cigarro y se puso de pie, apoyado contra la chimenea.

Nosotros formamos círculo y nos acercamos á él para oírle mejor, con esa avidez algo curiosa de los hombres que después de todo, no son sino niños grandes.

### II

“Hace de esto seis años—dijo el capitán.—Yo estaba de guarnición en M. . . . un aburrido pueblecillo de un departamento insignificante. ¡Ni una distracción! Una vez terminado mi trabajo diario, no sabía qué hacer, y poco á poco adquirí la costumbre de pasar la velada en el “Círculo de la Unión”, el único

que había en el pueblo y que se llamaba así sin duda porque sus socios siempre estaban disputando. En general se jugaba poco, excepto las tres grandes ferias del año, cada una de las cuales duraba tres días.

Una tarde de otoño hacia el principio de una de esas ferias, llegué al círculo bastante temprano. Había allí mucha gente que yo no conocía; ricos labradores que visitaban muy rara vez la población, ó hidalguillos del país que apenas sí abandonaban sus casas solariegas.

—Buena partida hay hoy—me dijo un asiduo concurrente.

—Esto va á ser curioso.

Me volví hacia la mesa de juego y tuve que retener un gesto de sorpresa.

El banquero era un joven de veintidós á veintitrés años, á quien yo conocía de vista.

Me interesaba aquel sujeto, á quien su padre, muerto valientemente en Majenta, había dejado una fortuna escasa y un nombre difícil de llevar.

Rara vez iba al círculo, y nunca jugaba. Así, pues, me sorprendió mucho al verlo tener la banca y poseedor de una gruesa suma, por que los billetes y los luises se amontonaban delante de él.

—¿Cuánto admite la banca?—preguntó uno.

—¡Oh! exclamó riendo un grueso arrendatario. M. de Mertenz, está de vena y puede admitir todo lo que se ponga.

El joven estaba muy pálido: había en su mirada una especie de extravío.

—Banca abierta, baluceó.

Aquello fué como la evocación de la mala suerte.

Diez veces seguidas el desdichado de Mertenz perdió.

En un cuarto de hora había saltado la banca.

Otro jugador ocupó su puesto, y continuó la partida tan animada, tan apasionada, que yo mismo llegué á embriagarme y me puse á jugar con todo el mundo.

No había sitio donde sentarme en torno de la mesa, y me mantuve de pie, teniendo en la mano mi sombrero, en donde nerviosamente iba echando mis ganancias, que aumentaban de minuto en minuto.

La partida estaba más empeñada que nunca, cuando álguien me gritó:

¡Que os roban capitán!

Hice un brusco movimiento, é instintivamente cogí una mano, la mano de M. de Mertenz, que oprimía ya un billete de mil francos que acababa de quitarme.

El semblante del desgraciado estaba lívido.

Cambié con él una mirada, una sola, y ví removerse algo en sus ojos, que el espanto angrandaba.

—M. de Mertenz está en su derecho, dije con mucha tranquilidad, y me sorprende mucho que se haya atrevido á lanzar semejante acusación contra un hombre como él. Estamos asociados para jugar y ha tomado el dinero que necesitaba. Esto es todo.

Las explicaciones fueron breves. El sujeto que me dió el aviso, había ido por primera vez al círculo y no conocía á M. de Mertenz, los jugadores que estaban de pie, hallábanse los unos apretados contra los otros; el recién venido había visto deslizarse una mano en mi sombrero, y creyendo que me robaban había gritado. Presentó sus humildes excusas á M. de Mertenz á quien todo el mundo rodeaba lamentando el desagradable incidente ocurrido por la torpeza del forastero.

Después prosiguió el juego. M. de Mertenz salió.

Pasaron tres días sin que yo tuviera noticia del joven. Nada más

natural, sino que él no tuviera grandes deseos de verme. Al salvarlo yo, había salvado el honor póstumo de un valiente soldado; pero, en fin, me parecía extraño que el joven no hubiese buscado un medio indirecto de manifestarme su gratitud. Una noche, disponiéndome á salir de casa para hacer algunas visitas, el asistente me dijo que una señora esperaba en el salón.

Era una mujer de cuarenta y cinco años, de semblante dulce y altiva, á la vez de leal mirada.

—Yo soy la señora de Mertenz, me dijo; mi hijo me lo ha contado todo y vengo á daros las gracias por habernos conservado intacto el honor de nuestro nombre.

—Señora.....

—Mi hijo estaba locamente enamorado de una mujer que continuamente le pedía dinero. Se ha arruinado por ella....Ha jugado, ha perdido.....Lo demás lo sabéis.

Yo estaba verdaderamente lastimado, porque el dolor de aquella pobre mujer me conmovió mucho.

Ella estaba de pie delante mí, con sus negros ojos brillantes de lágrimas.

—Una locura de la juventud, murmuré. Yo veré á vuestro hijo.....le reñiré.

Ella movió gravemente la cabeza.

—No lo veréis, capitán. Ha sentido plaza y ha entrado en la infantería de marina.

Yo no he venido hasta que él ha marchado.

Habíamos escuchado al capitán J. sin interrumpirle. Cuando cesó de hablar hubo un corto silencio.

—¿Y el desenlace, capitán? ¿Qué ha sido de M. Mertenz?

—Ha muerto, señores. Hace algunos años recibí una carta que venía de Kelung, una pobre carta

escrita en un papel ya amarillento y que contenía estas líneas:

“Estoy gravemente herido. El almirante Courbet ha venido á traerme la cru....Pero voy á morir....Os envío mi pobre cruz á vos, que me habéis salvado, y seré feliz si os la ponéis...”

Hé aquí, por qué, señores, en vez de colocar en mi uniforme la condecoración que me ha dado la Cancillería de la Legión de Honor, llevo la Cruz del Sargento de infantería de marina Mertenz, que después de haberse conducido como un ladrón, ha muerto en Kelung como un héroe.

*Alberto Delpit.*

## ABROJOS.

(Para ‘La Juventud Salvadoreña’.)

Sin dichas, sin luz, sin cielo,

Sin venturas ni esperanzas,

Sin cantares ni armonías,

¿Qué te queda, mi pobre alma?

Está el camino escabroso;

Arriba, la vista empañan

Densas nubes que la muerte

Con centellas te amenazan.

En vez de la fresca brisa

Bonancible de tu infancia

Sólo sopla el frío cierzo,

El cierzo de la desgracia.

Ya no se oye el suave trino

Del pajarillo en la rama,

Ni el llorar de la paloma

Se une al tuyo, mi pobre alma.

Ya no endulzan tus oídos

De amor las querellas gratas,

Las querellas lisonjeras

Que te robaron la calma.

Los relámpagos, á veces,

Bello horizonte te marcan,

Pero como esos relámpagos

El bello horizonte pasa.

Sí, alma mía, el destino

Con sus tinieblas te abraza:

Ya no hay dichas, luz ni cielo  
Ni venturas ni esperanzas.

La estrella que en otros tiempos  
Hacia los triunfos te guiara  
Trocóse en el ave negra  
Cuyo graznido te espanta.

Dónde están tus blancas flores  
Que se abrieron con el alba?  
Como á tí los torbellinos  
Las llevaron en sus alas.

El ángel de los recuerdos  
Y tu fé pura y sagrada  
Son los únicos dos seres  
Ideales que te acompañan.

Los recuerdos! ah recuerdos  
De indefinible fragancia!  
Cómo bullen en tu mente  
Y sollozos ¡ay! te arrancar.

Los recuerdos! ah recuerdos  
Cómo llegan y te halagan...  
Cantos tristes de la alondra  
Que se pierden en la distancia!

Y tu fé?... aquí va ella,  
Todavía no se aparta;  
Pero se ve que vacila  
Como Pedro sobre el agua.

¡Ay! alma mía, el coloso  
Lleva el orbe en sus espaldas;  
Tú llevas sobre las tuyas  
De desengaños la carga.

Y prosigues, y prosigues  
Y del pozo de tus lágrimas  
Brotan luego las espinas  
Cuando un momento te paras.

Quiera el cielo que algún día,  
En esta fatal jornada,  
Cuando de llorar se agote  
El manantial de tus lágrimas,

Y en vez de ellas sólo viertas  
La sangre de tus entrañas,  
De esa sangre surjan todas  
Las flores de la esperanza.

SALVADOR C. DÍAZ.

## TURBA!

(Para "La Juventud Salvadoreña".)

Ideal purísimo de mi fantasía loca;  
luz que alumbra las oscuras noches  
de mi vida; calor que vivifica  
mi alma; perfume suave y dulce  
que embalsama mi existencia; fuente  
donde bebo mi felicidad; música  
que escucho en las calladas horas  
de mis soledades.

Eso eres tú: ideal, luz, calor, perfume,  
fuente y música.

Si te perdiera ¿qué me quedaría?

¿Le queda algo al ave que pierde el nido?

¿Viven acaso las flores sin el rocío  
y sin el calor del sol?

Moriría; sí, moriría.

Moriría, como el cisne sin hogar:  
cantando; ó, como la flor á la que  
falta el riego: languideciendo!

ALFREDO QUIÑONES.

## TU MUSA.

A JULIÁN DEL CASAL.

La frente pura y celestial ornada  
con el ciprés que túmulos decora,  
por en medio de turba que te llora  
vá tu joven y triste desposada.

Obscura por el llanto la mirada,  
en un tiempo trasunto de la aurora  
lleva con fe, mártir salvadora,  
en la mano tu lira levantada.

Atravesando el mundanal tumulto,  
ella es con noble y seductor ejemplo  
divina pregonera de tu gloria:  
Vestal enamorada de su culto,  
en el del Arte inconvencible templo  
alimenta una llama: tu memoria!

JUSTO A. FACIO.

## LA INSTRUCCIÓN EN LA MUJER.

(A LA SEÑORITA TRÁNSITO CARBALLO.)

Secretos cuya resolución se oculta á la más perspicaz ojeada halla en cualquiera de las facetas del prisma encantador de la mujer, la mirada penetrante del filósofo ó el numen sacrosanto de los artistas.

Nuestro corazón se anonada y se conturba nuestro espíritu cuando palpamos el insondable abismo que separa las generaciones que han traspasado los umbrales de la tumba y las que hoy día se engolfan en los mundos de rosadas ilusiones en cuanto respecta á la instrucción en la mujer; abismo que obedece al amor propio rayando en delirio por una parte y por otra al egoísmo erigido en tiranía.

Locura de la facultad imaginativa, aberración demostrada por la lógica inflexible de los siglos, fue la creencia funesta que sugirió el cerebro humano de que Dios desde su trono escogiera al hombre y solo al hombre para que el gran trofeo del progreso caminara al empuje hercúleo de la palanca propulsora de su brazo.

\*\*

Así como la civilización ha dado en tierra con la implantación odiosa de la esclavitud tan falsamente apoyada en el principio filosófico de que unos han nacido para mandar y otros para obedecer, sustentado por la ardiente imaginación de sabios de la talla de Platón y Aristóteles; de igual manera, ella, madre común, no permitiría por más tiempo que el hogar fueran las columnas de Hércules que marcaran el *hasta aquí* del pensamiento de la mujer; puesto que si ello sucediera nueva savia infundiría al árbol tronchado por su corriente impetuosa; viola-

ría flagrantemente las leyes del Eterno que pregonan en voz alta la igualdad de derechos entre la humana especie.

La mujer, como el hombre, necesita del amparo de la sociedad para la realización de sus bellos ideales; y negarle el brazo para alcanzar el premio que codicia es un crimen sancionado por la Historia, como es crimen de lesa humanidad negar al miserable el pan que mendiga de puerta en puerta con su estentórea voz.

La verdad axiomática de que la unión hace la fuerza está en la conciencia, tanto del más humilde labriego como del más orgulloso magnate; pero las sociedades de antaño, levantadas sobre falsos cimientos, excluían de ellas el grano de arena con que "la mitad del género humano" contribuiría á la erección del gran edificio civilizador; y á ello se debe (triste es consignarlo) que la trompa épica de la fama se haya privado de modular con sus metálicos acentos tan preciado nombre. Aquel silencio tocó á su término al aparecer cual el Fénix sobre las cenizas de las vetustas instituciones, la diadema luminosa hiriendo con sus rayos la pupila humanitaria.

\*\*

La prueba irrefragable de los hechos está demostrando que también para la mujer aparecieron á la escena de la vida el libro, el periódico, la tribuna y la cátedra, armas brillantísimas con que en las nobles lides del pensamiento ha alcanzado para sus sienes los verdes laureles de la victoria, cual recompensa á sus afanes, nacida el día que el Crucificado selló con su sangre en la encumbrada cima del Calvario, los principios redentores que sirvieron de pedestal al monstruo del progreso que ruge por los

ámbitos más recónditos del planeta.

En el hogar donde nace una niña sonrío una esperanza: en su cuna, velada por el espíritu divino de Dios, está cifrado el mañana feliz de la sociedad en general y de la familia de cuyas entrañas se desprendió al calor del amor, cual de su pensil la púdica azucena á la acción del tiempo que todo lo embellece y lo marchita todo.

Aquella criatura, tierna como ilusión de poeta, necesita del cuidado del ángel solícito del hogar para no marchitarse, cosa que sucedería indefectiblemente hundiéndose en la morada del no ser. Pero á esa etapa de la vida sucede la impubertad, ciclo de la existencia en que ya empiezan á cruzarse por la mente los juveniles ensueños.

Pero la inteligencia que hoy irradia débiles fulgores en el reposado recinto del hogar va á trocarse mañana en luz vivificante con la instrucción que suministra en el palenque de la cátedra la mujer que educa, la mujer que instruye, la que forma las buenas hijas, las honestas esposas, las excelentes madres, en fin, la que muestra su frente al cielo ostentando el título honorífico de MAESTRA.

Al templo sagrado de la enseñanza va á recibir el ósculo de la instrucción la bella niña: allí va á desplegar los pétalos de la corola de donde ha de emanar el néctar que libará la madre patria. En el taller sublime que se llama escuela, se forma la pudorosa hija.

Vedla, va con su andar de diosa subiendo de peldaño en peldaño la escala social hasta fundirse como por un soplo divino en el sagrado crisol del matrimonio. De esa fusión sacrosanta que se opera al calor de la pasión, surge como la ne-reída de los mares, la buena esposa, el césped donde van á ju-

guetear los indecibles placeres del amor.

Y después que,

“Un año ha trascurrido en albas nubes

Risas y fiestas y amoroso afán.

Epilogo: una cuna, cien querubes

Y un ser que quiere balbucear ¡papá!”

El vástago que viene á aumentar el número de los vivos, es un ángel del cielo del alma desprendido. A la cabecera del lecho en que se revuelca inconsciente, está la mujer dando cima á la misión santa, augusta, sublime de madre. Mas ese puerto adonde ha abordado la mujer en el mar escabroso de la vida, no es su *non plus ultra*: la imaginación en su inmenso laboratorio ha forjado la hermosa concepción de verla empapada del don inapreciable del saber.

\*\*\*

He ahí á nuestros ojos la tierra de promisión adonde el pensamiento había dirigido su brújula como el astrónomo, de águila su mirada audaz, en la infinita bóveda azul escalando el trono de Dios, como el físico buscando el punto de apoyo que se escapó de la palanca de Arquímedes para hacer temblar continentes y océanos.

¿Y qué diremos nosotros del orgulloso timbre con que el Creador ha completado el dechado de virtudes de la mujer? Algo más, aunque no es nuestra pluma la que tal trabajo, por su magnificencia, debiera imponerse, si la instrucción en la mujer no fuera el numen que nos inspira.

La savia fecundante que da lozanía al árbol de la admiración eterna de los buenos; el alimento nutritivo del espíritu ¿por qué se agotaría para quien comparte con nosotros el acíbar del dolor?

La necesidad imperiosa de instruir parte tan preciada de la sociedad se ha hecho sentir á medi-

da que la humanidad ha venido avanzando con sus pasos ciclópeos hacia la enhiesta cima del himalaya de la gloria. Y si es verdad que la mujer con el desprendimiento de la manzana hubiera sido incapaz de sorprender el secreto maravilloso de la atracción universal; ni hubiera creído que las ondas cristalinas de un baño fueran el alcázar del *Eureka, Eureka* que levantaría el velo al ingenioso robo de un Demetrio; ello no obstaría para que su frente la ungiere al óleo santo de la inmortalidad.

La ciencia con sus olímpicos destellos ha hecho de la mujer un lidiador infatigable en la bendita labor del siglo. Su influencia en la obra redentora de la civilización no puede ponerse en tela de duda ni ser causa de debates, pues ella salta á la vista como las estrellas que tachonan los cielos á los últimos rayos del astro rey.

Grandiosos espectáculos ante los que no hay corazón mudo, son éstos: brotan como impelidas por fuerzas secretas las notas elocuentes de admiración que, cual plegarias se elevan á los cielos en demanda de la corona que ha de ceñir á paladines de esa talla.

El egoísmo de que estaban poseídas las primeras sociedades, fue la causa principal de que en la mujer se viera un ente miserable inferior en mucho al hombre; llamada solo á dirigir las riendas del hogar doméstico; pero los triunfos de la civilización alcanzados en incesante lucha, restituyeron sus antiguos usurpados derechos, entrando de lleno á compartir con el hombre las azarosas lides del pensamiento.

La mente se decepciona cuando admiramos que hasta el amor, que siempre es benévolo, quiso privar á la mujer de que en su cabeza fulgurara el sol radiante de la civilización, pues vemos que un

“mozo vagabundo” depara la Leucadia para que la tierna alondra arrancara de su lira las postreras estrofas que repite el mar Jónico en sus olas y eleva al cielo en sus rugidos tempestuosos.

La ciencia que en la aurora de su vida fué patrimonio de clases privilegiadas, huyó á ocultarse en los monasterios y claustros ante la invasión terrible que empañó el cielo de la Europa. Pero esa tempestad que por más de diez siglos la azotó embravecida, puso fin á su obra siniestra. El planeta iba á cambiar de faz porque así lo reclamaba la humanidad y lo había escrito Dios en sus leyes mudas, pero elocuentes.

La transformación que sufrió el planeta redundó en beneficio de la mujer, pues á su influjo poderoso aparecieron las Santa Teresa de Jesús, las Gertrudis Gómez de Avellaneda, las Emilia Pardo Bazán y otras más que son orgullo del sexo á que pertenecen, y cuyos nombres tan simpáticos andan de boca en boca en la generación que se levanta.

La prenda efímera de la hermosura no sería la única red donde muriera aprisionado el travieso amor; algo más grande, más noble y más halagador albergaría en su seno: la instrucción, que es la más excelsa de las virtudes.

La sacerdotisa del altar doméstico se transformó en nueva Cristo de la idea, en heroína del pensamiento.

Bendito seas ¡oh siglo XIX que á la sombra de tu hermoso palio se ha oído llamar augusta, sublime, abnegada á la mujer! La Historia te consagra una página donde aparecerás magestuoso, cual la castísima Venus surgiendo de las ondas espumosas.

## AURORA.

Huye la sombra! El pálido horizonte  
De ondas de luz purísima se anega,  
Y por encima del andino monte  
La hermosa rubia á sus dominios llega.

Y se mece en hamaca de neblinas,  
Casi desnuda en el azul del cielo,  
Desgarrando sus gasas purpúras  
Sobre los blancos témpanos de hielo.

Mece el árbol la copa somnolenta;  
Las hojas lucen brilladora escarcha,  
Y allá arriba, do ruge la tormenta,  
La luz prosigue su infinita marcha.

De la choza del rudo campesino,  
Como buscando incógnitas regiones,  
Suben, en impalpable remolino,  
Como el humo sutil, las oraciones.

Yérguese el toro en la feraz llanura  
Con el testuz cubierto de rocío;  
Blanco vapor de su nariz obscura  
Brotó y se expande en el ambiente frío.

Y muge; de la límpida mañana  
El aire fresco sus pulmones hincha,  
Mientras que el potro en la extensión lejana  
Revuélcase, incorpórase y relincha.

Tiemblan los nidos! Las desnudas rocas  
Dóranse al esplendor de la alborada,  
Y abren las nubes, como azules bocas,  
Franjas de cielo en la extensión callada.

Entre las ramas del follaje umbrío  
Frasas de amor arrullan las palomas;  
Y en el césped, cuajado de rocío,  
La flor revienta en explosión de aromas.

Zumba el insecto; la sonora fuente  
Murmura alegre y su raudal dilata,  
Y ruge altiva en rápida pendiente,  
De peñón en peñón la catarata.

Hínchase el lago á la primer caricia  
Del aura débil que en los juncos ora,  
Y saborea, con sensual delicia  
Los castos besos que le da la aurora.

Allá lejos, soberbio y palpitante,  
Lucha el mar con las rocas de granito;  
El mar! ese colérico gigante  
Que amenaza y atruena al infinito!

La violeta se esconde, y ya despierto  
Se empina el girasol; ríe la rosa,

Y parece el clavel rojo y abierto,  
Asua movable entre la selva hojosa.

Y en tanto que sacude el ala fría  
El céfiro en el cáliz de las flores,  
Parece el bosque, al despuntar el día,  
Jaula inmensa de alados trovadores.

Teñidas de carmín y de topacio  
Flotan las nubes en la aguda sierra:  
¡Todo se baña en luz en el espacio;  
Todo suspira amor sobre la tierra!

Ya tras el ancho cortinaje denso  
De blancas nieblas y opalinas brumas,  
Asoma el sol en el espacio inmenso  
Cual barco de oro en piélagos de espumas.

Y se eleva dorando los pensiles  
Que esparcen sus balsámicos efluvios,  
Al descender sus rayos cual sutiles  
Hebras flotantes de cabellos rubios.

Y avanza! avanza! y las inquietas nubes  
Al recoger los gayos esplendores,  
Se convierten en pálidos querubens  
Que á hundirse van en mares de colores,

La aurora tiembla! el sol la mira y posa  
Un ósculo en su cuerpo nacarado:  
Ella lo envuelve en su fulgor de rosa,  
Y se extingue en la hoguera de su amado.

JULIO FLORES.

## DESPUES DE LA ORGIA.

[FANTASÍA NEGRA.]

A ISAIAS GAMBOA.

“Que hable el poeta, dijo un coro de voces; que vibren las cuerdas de oro de su mágica lira, y que su inspiración fecunda rueda en el límpido y puro espacio de una rima”—dijo el pequeño Benjamín. A Amed, el joven poeta trovador de la real Corte de Theran, se dirigían aquellas excitaciones: El poeta se alzó con la mirada altiva, tomó la lira, y el pensamiento audaz, fecundo salió de aquellos labios convertido en preciosos camafeos, y dijo: ¡Oh vosotros que escucháis mi loca inspiración; oíd, vosotros

que en vano tratáis con los genios del arte confundir vuestros nombres, vosotros que amáis las morbideces excitantes, oíd: os contaré un cuento del hermoso país de la Fantasía. Amed empezó su relato así:

Había pasado ya el festín; las ricas lámparas despedían luces mortecinas color azulado; sobre las mesas rodaban en horrible confusión las bruñidas copas teñidas con las heces del licor, las músicas habían apagado ya sus sonidos, y á las alegres carcajadas habían constituido silencio y somnolencia.

Aquella multitud de jóvenes que acaba de dejar el salón hastiada de placer, había sido el galeote de una infamia.

Elma, mi linda prometida, mi musa soñadora, había sido la víctima escogida por mi loca fantasía, y sobre su límpida copa, escancié el amargo licor del primer desengaño, la infidelidad de su adorado Amed.

Era Dioscelinda la culpable de aquel negro crimen; con su boca de labios frescos que repartían impúdicos besos, con sus ojos que eran una llamarada de amor y con sus olímpicas formas que parecían haber brotado del mármol pentélico, al impulso creador del cincel, había fascinado mis sentidos, y ebrio, loco con la belleza de aquella mujer irresistible, había cometido el delito de ser infiel á Elma mi linda prometida.

Sí! yo fuí el culpable; yo fuí quien la mató.

Y aquella noche al apagarse el último sonido de la morisca guzla de Dioscelinda, cuando ya las ricas lámparas despedían luces mortecinas color azulado, se oyó en el salón un grito de muerte: Elma, la virgen de mis sueños que había expiado mis locuras escondida tras una de las ricas tapicerías de la estancia, había sepultado en su pe-

cho el yatagán que Dioscelinda dejara olvidado en la mesa del festín. . . . ¡Oh Elma, mi linda prometida, vuelve á la vida, ven!

Y Amed, soltando una nerviosa carcajada, tomó de una vez todo el rico chigre que en su copa rebosaba, y una lágrima pura como un diamante líquido rodó en la copa y la bebió también.

ISMAEL G. FUENTES.

Guatemala—1895.

## CONFIDENCIAS.

A ENRIQUE.

Enrique, tú has sido el único amigo que no me ha abandonado en los tremendos días de prueba á que he sido sometido por el destino. Por eso quiero que solo tú seas el confidente de los tormentos que aun me afligen.

Yo sé que el mundo se va á burlar de mis quejas, porque el mundo se ríe de los ayes que lanza el que padece y sufre; mas, qué me importa! no escribo para el mundo, escribo para tí.

Lo recuerdas? En breve, te decía, oscura noche se alzaré sobre el cielo de mi alma, y el único astro que con su radiante luz pudiera disipar las densas sombras de esa tenebrosa noche, pronto se extinguirá en las regiones de mi pensamiento. Pues bien, el momento supremo ha llegado ya.

Las antorchas que iluminaban el santuario de mi corazón, donde tú sabes le rendía ferviente culto á una divinidad, á una mujer, se han apagado; y nadie, nadie las volverá á encender.

Las ilusiones, esas mariposas de alas de oro que revoloteaban en

torno de los ideales jardines á que daba vida mi oriental fantasía, una á una han caído en el insondable abismo del desengaño; y de allí no saldrán jamás.

La esperanza, flor divina que perfumaba mi existencia, hase marchitado; y el único rocío que podía volverla á la vida—el amor de *ella*, hase evaporado como el blanco aljófár á los rayos del sol naciente.

¡Ah Enrique! Recuerdas aquellos días.....qué feliz era yo entonces!

La rosada aurora parecíame la sonrisa de una virgen; el títular de las estrellas, "miradas de ángeles"; el iris, la sombra de Dios dibujada por Él mismo en los cielos con tintes de lo infinito; y ahora .....y ahora.....ahora, nada de esto quiero ver, ni el iris, ni las estrellas, ni la aurora.

En otro tiempo, mi imaginación en sus ardientes desvaríos me hacía ver, vestida de blanca túnica, coronada de azahares é iluminando con la tranquila luz de sus ojos el hogar de mis ensueños. Ahora veo ese mismo hogar; pero lo veo oscuro y desierto.

En otro tiempo, mis ensueños eran color de rosa y azules mis pensamientos; y hoy, mis pensamientos son negros como el fondo del abismo, y mi sueño sólo es interrumpido por los fúnebres fantasmas de la decepción y el desengaño, que con el dedo me señalan una tumba: mi pecho.

Sólo una virgen, de rostro pálido, mirada lánguida y de cuyos labios está desterrada la sonrisa: la tristeza, es mi única é inseparable compañera. ¡Oh virgen! yo te bendigo, y ojalá nunca me abandones!

F. A. O.

## El sublime ideal.

"Mas aunque el barío mate la quimera,  
Y desvíe y aparte de sus ojos  
El prisma encantador, y por doquiera  
Mire sombras y vértices y abrojos  
Ha de cantar la redentora utopía  
Como otra estatua de Memnon que suena,  
Y ser, perdida la esperanza propia,  
El paladín de la esperanza ajena."

DÍAZ MIRÓN.

Así como el sol da luz y calor á las plantas y la tierra les brinda la bienhechora savia, así el ideal sublime vivifica y fortalece el alma.

La planta que está próxima á sucumbir al peso de elementos contrarios, encuentra en el sol y la tierra los principios reparadores de las decaídas energías.

Así el hombre dotado de una alma tierna, á quien envuelve el infortunio, ya al borde del abismo, encuentra el germen de una nueva vida en la causa primera del amor supremo: en LA MUJER.

La mujer! Sér misterioso que es para el hombre vida y luz, es, en síntesis, el *sublime ideal*. A él rendiremos culto los que, pobres de bienes materiales pero ricos de sentimientos nobles, nos sentimos atraídos por la fuerza irresistible del amor, y al caer en sus redes de seda orladas de oro y púrpura, nos deleitamos en el suave cantiverio de sus celestiales encantos.

¡Amor!, ¡oh! quién me diera un lenguaje digno de tu grandeza para cantarte; y que mis cantos fueran raudales de armonías que al desbordarse refrescaran las mustias flores de muertas ilusiones!

Vosotros, los que os habéis sentido abrasados por el fuego divino del amor, no me tildaréis de impío cuando afirmo que *la mujer es la causa primera del amor supremo*.

\*\*\*

¡Quién es ese gallardo joven que

avanza á paso de vencedor esparciendo por los aires un torrente de notas alegres, suaves como las auras matinales, dulces como el rumor de la fuente, sublimes como el canto de los ángeles? Es Enrique Heine, el poeta fantástico por excelencia, que canta arrebatado por sin igual pasión. Una mirada y una sonrisa del sér á quien adora han embriagado su musa hasta el delirio, y su voz, magestuosa por lo sencilla y fiel trasunto del sentimiento, causa la admiración de los que la escuchan conmovidos; mientras *Ella*, cuyo corazón es gramática fortaleza que refleja en sus pulidos muros el eco cadencioso de esa voz dulcísima, permanece indiferente al amoroso reclamo, y con la idiotéz de la indiferencia, lanza una careajada atornadora que casi deshoja el botón purpurino de sus labios.

Fatal desencanto viene á traspasar el corazón del poeta: una agonía lenta parece indicar su próximo fin. Su dolor—aunque grande—no podía aniquilar de golpe su naturaleza de acero.—Triunfó ésta: el poeta torna en sí, y creyendo que está predestinado á ser ejemplo terrible del dolor humano vencido por la resignación, vuelve á pulsar su lira y arranca de ella tristes gemidos que después de hacer derramar lágrimas á las almas buenas que lo compadecen y á las que despiertan á la luz siniestra de recuerdos ingratos, les infunde valor para luchar y sobreponerse al sufrimiento.

Ved! Aquel hombre de rostro macilento y de mirada apacible que con lento pero firme paso vaga á la ventura sin más ideal que su dolor, es ENRIQUE HEINE. La sonrisa que ilumina su faz no es reflejo de dicha: es la sonrisa del desdén, es la imagen de la tristeza. Su voz es el dardo envenenado

que traspasa los corazones vacíos, pero que se embota al chocar con los que llevan en su seno sentimientos puros.

El soñador fantástico ha visto convertidos en espejismos sus ensueños de color de grana, y su fantasía es ya la fantasía de los espectros aterradores. Su alma se ha convertido en un desierto donde no germina la simiente del amor puro, en donde sólo se oye el rumor siniestro de un *simoun* abrasador y se respira un hálito de muerte.

\*\*\*

¿Quién no ha sido víctima de un amor desdichado?

La grandeza del alma debe mostrarse en no sucumbir á su terrible golpe. El hombre debe aparecer—aunque lleve corazón desgarrado—sereno ante el mundo para cumplir su misión sagrada; y considerar la muerte de sus ilusiones como su transfiguración en el tabor del sufrimiento para entrar en una nueva vida; debe mirar su alma como la crisálida que se despoja de su tosea vestidura, y ya convertida en leve mariposa, vuela á libar el néctar delicioso de las flores ó va á expirar abrasada en la lumbre seductora de unos ojos de fuego.

L. ZELAYA.

## “EL CUERVO.”

“El Fígaro” publicó en uno de sus números pasados y con sumo agrado, la hermosísima versión castellana que de “El Cuervo” de Edgar Allan Poe, ha hecho nuestro amigo, el delicioso poeta colombiano Isaías Gamboa.

Es una bella producción, que tiene el mérito valioso de hermanar á una fidelidad exasperante, una hermosa forma. Una tradue-

ción hecha con arte, que es cosa rara. Y hasta entre el ritmo bronco y pesado se siente la pisada fuerte del metro *yankee*: el aletear de los vastos condores.

No creo exagerar con afirmar aquí que la versión de Gamboa es de las mejores que del conocido y tan tristemente manoseado poema de Poe, se han hecho hasta ahora en lengua castellana. Puede juzgarlo quien quiera haciendo, si paciencia le sobra, comparaciones con las versiones, ( ¡y que son tan abundantes! ) que se han hecho.

Lo que es para mí, participo del triunfo de Isaías Gamboa. Somos compañeros de labor. En la misma mesa escribimos y nos gastamos la misma vida traginosa del artista de *por acá*. Estrecho la mano del amigo y me felicito, y al querido "Fígaro" ha cabido la honra de guardar con cariño, como un amable recuerdo en caja de laca en su colección, ese puñado de hermosos versos que, uno á uno, en hojas de laurel para la frente del cariñoso poeta se han transformado.

¡Qué hermosa suena aquella frase: *Never more!* que dice el Cervo hoseo y sombrío! Cuando se lee el último verso, cuando aquel *¡Nunca más!* cierra el broche del poema y vate sus negras alas y se pierde en la nada, uno se dice, para sí: ¡Qué hermoso! Y en esa palabra va encerrado el torrente de admiración contenida.

Y vosotras, señoritas, que leís "El Fígaro" esperando que Morfeo cierre blandamente vuestros párpados y apague la luz de vuestras miradas, tened para el poeta el tributo de vuestra admiración.

El gallardo príncipe pasa ufano y gentil por la vía llena de rosas lindas y frescas. Yo arroje, en su homenaje un puñado de perlas de mi escarcela de seda: ¡oh regio Buhingam.

ARTURO A. AMBROGI,

## NOTAS.

### EL TRATAMIENTO DE LA TUBERCULOSIS.

Mucho se ha hablado desde hace algunas semanas del descubrimiento científico del doctor Viquerat. Después de largas investigaciones sobre el tratamiento de la tuberculosis natural y experimental, el doctor ha obtenido resultados extraordinarios: veintisiete enfermos de tuberculosis, de segundo y tercer grado, han sufrido el tratamiento (inyecciones subcutáneas de suero de asno) y veinticinco considerados como perdidos por los médicos, han sido enteramente curados.

M. Viquerat ha expuesto su método racional, en una conferencia pública en Maudon, á la cual asistieron numerosos médicos. Una relación documentada da los nombres y señas de los veinticinco enfermos tratados y curados.

En seguida de estos hechos, un filántropo genovés, ha establecido en Génova el Instituto Viquerat para el tratamiento de la tuberculosis, que estará abierto este mes. El Instituto desea recibir á los enfermos tuberculosos, aun los rebeldes á todo tratamiento; y si los magníficos resultados obtenidos hasta hoy, son confirmados como creé, él espera devolverles la salud después de algún tiempo.

### MÁS SOBRE LA FIEBRE AMARILLA.

*El Diario* de Valencia, con el título de *interés general*, publica el siguiente suelto:

"Como conviene siempre tener conocimiento de los medicamentos eficaces y de fácil administración para ciertas enfermedades violentas y peligrosas, publicamos á continuación el tratamiento que el célebre doctor Zuloaga usaba con éxito nunca desmentido en los casos de fiebre amarilla. A un amigo nuestro, deudo de aquel sabio é inolvidable médico, debemos el poder ofrecer al público tan importante publicación.

#### FIEBRE AMARILLA.

*Tratamiento abortivo de este mal.*

Consiste este tratamiento en la ad-

ministración de dosis llamadas *resolventes*, compuestas cada una de veinte granos de calomel y veinticuatro de quina (para un adulto). Dichas dosis se dan cada seis horas, hasta completar el número de cuatro (del cual número no debe pasarse, aunque el mal no cediere) ó hasta que suspenda la fiebre, lo cual es común que suceda en la tercera y en la segunda dosis. En el intervalo de las dos primeras dosis (tres horas después de haber tomado la primera) es conveniente usar un purgante oleoso. Este tratamiento fue inventado por el doctor Blair, médico de Demerara en la Guayana inglesa. Su autor, en una publicación hecha acerca de la materia, lo califica de CASI INEALIBLE. Y es tan grande su eficacia, dice el mismo autor, que el enfermo y hasta el médico poco práctico, creen que no se ha curado sino una fiebre muy sencilla. Tiene éste sobre todos los otros tratamientos, la ventaja de contener el mal en sus principios, reduciendo la mortal enfermedad, como se ha dicho, á las proporciones de la más sencilla de las dolencias. Como su empleo es de 24 horas apenas, deja tiempo igualmente, en caso de fallar, que es muy raro, para el uso de todos los otros sistemas. Es de advertir que la quina y el eriomel forman la base del tratamiento que han preconizado como mejor varios célebres prácticos venezolanos, que han tenido ocasión de estudiar detenidamente el mal en diversas epidemias y que han escrito acerca de él particularmente, tales como el doctor Dagnino de Maracaibo y el doctor Zuloaga, que introdujo el sistema del doctor Blair en esta ciudad el año de 1858.

### EL PADRE JACINTO.

El espíritu resuelto y progresista de los obispos americanos ha seducido al padre Jacinto. Él había hace poco excitado al Obispo de Utrech para que continuase la propaganda jansenista en Holanda, mas esta experiencia no dió resultado. Los fieles cuando su pastor les habló en este sentido, se dispersaron. Esto hizo reconocer al padre Jacinto su error en querer oponer á la jurisdicción extranjera de Roma, una jurisdicción más extranjera todavía y que

no responde á las exigencias y necesidades del país.

Todo camino lleva á Roma. Si el padre Jacinto se acerca á los obispos americanos, se acerca á la iglesia de que ellos son hijos sumisos, aunque independientes. Él habla mucho de la reforma que el catolicismo parece esperar y se creé que Monseñor Ireland quiere precisar los contornos de este sueño que llaman el "Espíritu nuevo" que no es en realidad sino la vuelta al cristianismo puro, á la inspiración del evangelio. Es imposible pasar sin mirar este fenómeno cuyo simple anuncio habría producido gran admiración hace 50 años.

### LA NUEVA OBRA DE BOURGET.

El nuevo INMORTAL, el autor de MLN-SONGES y de COSMÓPOLIS, no descansa, por lo visto, sobre sus laureles anteriores, ni sobre sus recientes palmas académicas.

Han empezado simultáneamente á publicar su última obra, en sus respectivos suplementos literarios THE NEW YORK HERALD, en la ciudad emporio de la América del Norte, y LE FIGARO en París.

Dicha obra que se titula ULTRAMAR (OUTREMER,) contiene las impresiones recogidas por Bourget durante un viaje de ocho meses á través de los Estados-Unidos.

El autor de SENSATIONS D'ITALIE ya demostró con este libro lo que puede hacer con este género d obras. Y el asunto que acaba de escoger es además tan curioso y sugestivo que se comprende fácilmente el interés que despierta la aparición de OUTREMER.

Se dividirá el futuro volúmen en 12 capítulos: I, "En la mar".—II, "La primera semana".—III, "La sociedad, una residencia veraniega, New Port".—IV, "La sociedad, las mujeres y los jóvenes".—V, "El mundo de los negocios".—VI, "Los obreros".—VII, "Los colosos y los COV, BOYS".—VIII, "La Educación".—IX, "Placeres americanos".—X, "En el Sur, Georgia".—XI, "En el Sur, Florida".—XII, "Regreso".

El índice, como se ve, promete mucho.

## MISCELANEA.

EL VEINTE del mes en curso se verificó la solemne apertura de las clases universitarias, para el curso académico de 1895. En aquella festividad pronunció el discurso de orden, nuestro antiguo consocio en "La Juventud Salvadoreña" y muy querido amigo el señor doctor don Francisco Dueñas.

Las columnas de nuestra Revista se honran al insertar el discurso del doctor Dueñas, pues en ese trabajo se hacen notar el criterio sereno y el razonamiento grave, expuesto en un lenguaje elegante.

Ojalá que el doctor Dueñas, Director que fué de este periódico, se digne honrarnos con sus producciones.

CORRESPONDEMOS al atento saludo de la "Revista Médico-Farmacéutica", apreciable publicación que sirve de órgano á la "Sociedad Estudiantil de Medicina y Farmacia".

Deseamos al nuevo periódico toda suerte de prosperidades y hacemos votos porque sus inteligentes Redactores empuen todas sus fuerzas á fin de que la Revista ocupe el lugar que merece en el estado de la prensa.

Enviaremos con gusto nuestro periódico y vayan estos aplausos en prenda de confraternidad.

MIS VERSOS.—Hemos recibido el precioso volumen de versos, que se ha servido remitirnos nuestro muy estimado amigo el notable poeta don Justo A. Facio.

Cuando estábamos terminando la lectura de trabajos tan escogidos, recibimos el artículo que escribió nuestro buen amigo don Próspero Calderón, y convencidos de que nuestra opinión es de suyo desautorizada, publicamos el trabajo del señor Calderón con lo cual

ganan en mucho nuestros lectores.

No es nuevo el señor Facio en el campo de las letras, es él un lidiador que lleva sobre su frente muchas coronas que le han discernido personas de relevantes méritos.

Agradecemos el envío de la obra y felicitamos de todo corazón al señor Facio.

DESPUÉS de larga y penosa enfermedad falleció el señor doctor don Aristides Arango, persona que se había captado el aprecio general por sus indiscutibles méritos.

Reciban la honorable familia Arango y especialmente el señor don Francisco A. Gamboa y su digna esposa, la sincera manifestación de nuestro profundo pesar.

EN LA población de Jayaque ha fallecido el notable escritor doctor don Juan Barberena.

Consagrado durante muchos años á la enseñanza de la juventud, la pérdida del doctor Barberena debe reputarse como una pérdida nacional.

Sobresalió en los estudios matemáticos, poseía extensos conocimientos en Ciencias Naturales y eran prodigiosas sus aptitudes para el estudio de las lenguas.

Conocía á fondo los clásicos latinos y españoles, y su conversación docta, como los buenos trabajos que publicó, eran reveladores de los méritos que él trataba de ocultar.

Sus sentimientos generosos eran tales que á veces carecía de muchas cosas por darlas á los necesitados.

Pudimos apreciar tan raras cualidades, porque nos unió al doctor Barberena sincera y franca amistad.

Reciba el señor doctor don Santiago I. Barberena la expresión de nuestra profunda condolencia.